

La historia romana de Abraham ibn Daud

La figura y la obra de Abraham ibn Daud (c. 1110-1180) no necesita presentación en los círculos académicos del hebraísmo y medievalismo. La amplitud y profundidad de sus conocimientos, así como la influencia que ejerció en el pensamiento judío medieval y moderno, deberían hacer también innecesaria su presentación fuera de esos círculos ilustrados, pero desgraciadamente la estrecha y a veces excluyente concepción clasicista de nuestra cultura, tan a menudo estimada por referencias cristianas, ha marginado secularmente el quehacer y las aportaciones intelectuales de quienes trabajaron en una línea heterodoxa con respecto a la mentalidad y a los valores dominantes, que con harta frecuencia también han sabido mostrar su capacidad avasalladora.

El *Sefer ha-Qabbalah*, *SHQ*, o *Libro de la Tradición*¹ es considerado por los especialistas como la obra más importante de este eminente judío toledano, habiéndose resaltado tanto sus valores históricos y teológicos que, comparativamente, han resaltado eclipsados y menospreciados otros escritos del mismo autor, como su *Historia de los Reyes de Israel durante el Segundo Templo*, *MBS* y su *Zikron dibre Roma*, *ZDR*, o *Crónica de*

1 Cf. la edición y traducción de G. D. Cohen, Londres 1969. En esta obra se añade un profundo estudio sobre el autor y las condiciones históricas de su producción que hemos seguido en algunos aspectos de este trabajo. Disponemos también de una versión castellana realizada por J. Bages en la *Rev. del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, XI, 1921, 105-178, reproducida posteriormente, con nuevos índices, en la colección *Textos Medievales*, n. 31. Valencia 1972. Sin embargo debido a que se trata de una versión defectuosa hemos optado por dar nuestra propia traducción de los pasajes mencionados.

*Roma*², a los que, sirva como botón de muestra, J. Bages califica como «composiciones insignificantes»³.

Esta infravaloración pudo también contribuir a que la Crónica de Ibn Daud, que ahora estudiamos, no haya sido todavía traducida al castellano. Nuestra pretensión no queda limitada, por todo lo dicho, a una traducción y estudio crítico de la obra en sí misma, sino que aspiramos a mostrar su importancia singular en el contexto de la mentalidad y de la historiografía judeo-medievales. Si siempre resulta gratificante dar a la luz una obra que por razones diversas ha permanecido prácticamente ignorada fuera de los limitados ámbitos académicos que antes señalamos, en este caso estamos además convencidos de que una lectura comprensiva de la misma puede convertirse también en un justo aunque lejano desagravio por la sombría travesía secular en que se ha transmitido hasta nosotros las concepciones históricas de Ibn Daud.

NOTAS BIOGRÁFICAS

Abraham ibn Daud nació y se educó en una de las comunidades judías más florecientes de al-Andalus, Córdoba, si bien ya entrado en la madurez se vería obligado a emigrar a la recién conquistada Toledo, ciudad donde escribiría toda su obra y a la que por este motivo quedaría vinculado su nombre para siempre. En sus escritos se transparentan las inquietudes más profundas sentidas por el pueblo judío español en los últimos siglos, así como los problemas más urgentes que lo apremiaban a mediados del siglo XII.

Esta viva compenetración y su capacidad literaria para representar del modo más gratificante y consolar la dura realidad de su tiempo, proporcionarán a Ibn Daud una secular influencia sobre las comunidades judías, llegando su autoridad a ser reco-

2 Disponemos en la actualidad de dos manuscritos de estos textos, el 1409 De Rossi del siglo XV, conservado en la Biblioteca Palatina de Parma, ff. 14b-16a, y otro posterior al año 1453, que se encuentra en la Biblioteca del Jews College de Londres. Las obras historiográficas de Ibn Daud fueron editadas por primera vez en Mantua junto con otras crónicas, el año 1514; reimpresas posteriormente en Amsterdam entre los años 1710 y 11 en una edición censurada, y en Praga el año 1795. Otra edición que incluye, además de esos textos, el *Seder tanna'im wē-'amora'im*, fue impresa en Venecia el año 1545.

3 *O.c.*, introducción p. 12.

nocida en determinados momentos incluso por las sectas a las que él mismo había criticado, y en particular por las caraitas.

Como es sabido, la relativa tranquilidad en que vivieron las comunidades judías en los Reinos de Taifas durante los siglos X y XI, época en la que no pocos logran consolidarse en posiciones de elevada responsabilidad y prestigio sociopolítico, se vio brutalmente interrumpida con la entrada de los Almorávides en al-Andalus a partir del año 1086. Se produce entonces una amplia represión antijudía, de carácter económico y político, documentada en diversas ciudades sureñas (Sevilla, Lucena, Córdoba...). No obstante, su rigor sólo fue extremo en casos concretos, de modo que durante los años de paz militar e interna que goza al-Andalus a inicios del s. XII, se advierte entre los hebreos, una recuperación del bienestar y de las posiciones políticas perdidas al calor de las invasiones. Fue precisamente en esos años de tranquilidad cuando nace en Córdoba y se educa Ibn Daud, en un ambiente judío culto, acomodado y plenamente identificado con la situación social y política del momento⁴.

Especial influencia debió ejercer sobre él su tío Yiṣḥaq ibn Albaliah, quien compartía con otros muchos la firme convicción de que un hombre plenamente formado debe sumar a las disciplinas dogmáticas y tradiconales, el bagaje cultural legado por el mundo gentil, en particular la sabiduría griega (Física, Metafísica, Astronomía, Retórica e Historia, todo ello asquible en múltiples traducciones árabes). Posiblemente Ibn Daud accedió a estas materias profanas desde muy joven, pero también en la certeza, nunca puesta en duda, de que la visión del judaísmo «gentil» (sobre todo aristotélica) confirmaba y revalidaba la verdad religiosa milenariamente confiada por Dios a su pueblo. Más aún, estos estudios profanos le llevan a descubrir (como a tantos otros) que la verdadera filosofía, la única sabiduría, fue ya revelada en el Sinaí, olvidada posteriormente por su pueblo y acaparada a continuación por griegos y árabes. Esta «reconstrucción del judaísmo a la luz del «aristotelismo» entusiasmó a importantes sectores sociales del momento y forma parte de un

4 Sobre la situación de España a principios del s. XII, cf. la bibliografía citada por G. D. Cohen, *o.c.*, p. XVIII, nota 11; cf. tb. J. Bosch Vilá, *Los almorávides*. Tetuán 1956; R. Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne jusqu'à la conquête de l'Andalusie par les Almoravides (711-1.110)*. Ed. revisada por E. Lévi Provençal. Leiden 1932.

fenómeno cultural más amplio, pues no debemos olvidar que el aristotelismo vivificaba por entonces el pensamiento de vanguardia de los más preparados estudiosos cristianos y árabes.

Este largo período de formación y madurez, que transcurre en una Córdoba confiada y próspera, empieza a ensombrecerse ante los avances militares de Alfonso VII (coincidiendo a nivel europeo con los preparativos de la cruzada), el debilitamiento consecuente de poderío almorávide y, en fin, con la invasión relámpago protagonizada por los Almohades en 1147⁵. La represión religiosa contra los no musulmanes fue muy intensa; las comunidades judías quedaron rápidamente desmanteladas y emigraron por millares hacia Egipto o el Norte cristiano. No faltarán timoratos que simulan convertirse al islamismo pero mantienen las prácticas de su fe en clandestinidad, en una especie de «marranismo» *avant la lettre*.

Así, pues, Ibn Daud fue uno de los muchos judíos que optan por la huida hacia los Reinos cristianos de España y que acaban asentándose en Toledo. Indudablemente no llegó allí por simple azar. Ciudad reconquistada el año 1086, donde el dominio cristiano no está aún plenamente consolidado, Toledo vive momentos históricos realmente excepcionales y óptimos para el desarrollo cultural en libertad, o al menos, todavía no canalizado al capricho o al interés de los poderes políticos. Símbolo impar, por tanto, del renacimiento medieval español y europeo, lugar de encuentro y convivencia de culturas tantas veces enfrentadas en el campo de batalla, ciudad fronteriza y cosmopolita que acoge pueblos y creencias dispares (cristianos, musulmanes, judíos...) y conoce una febril actividad traductora de los textos clásicos antaño vertidos al árabe y que ahora lo son al latín bajo los auspicios del arzobispado, pero también con la colaboración de sabios de todas las procedencias, sobre todo franceses, italianos e ingleses.

En esta ciudad el conocimiento de las lenguas es el principal camino para acceder al saber y al prestigio, y ello debió ser así muy en particular para los inmigrantes judíos. Ibn Daud conoce el árabe, el hebreo y tal vez también el español (difícilmente el

5 Sobre la historia almohade cf. A. Huici Miranda, *Historia política del imperio almohade*. Tetuán 1956; cf. también J. Targarona Borrás, *Mošeh ben Maimon, Sobre el Mesías (Carta a los judíos del Yemen). Sobre astrología (Carta a los judíos de Montpellier)*. Barcelona 1987. pp. 198s.

latín). Sabemos con certeza que sobre el año 1160/61 comenzaría a escribir en hebreo y para hebreos. Ignoramos si previamente colaboró con las tareas traductoras y si acaso debemos identificarlo con el desconocido Avendauth que sí lo hizo junto a figuras tan relevantes como Dominicus Gundisalvus o Juan de Sevilla. Esta identificación podría explicar sus conocimientos históricos y su extraño interés por el mundo romano. Sin embargo, pronto veremos cómo estas preocupaciones historiográficas tienen otros estímulos de carácter religioso y que, a fin de cuentas, serán los estímulos principales⁶.

ESCRITOS Y REFERENCIAS

En Toledo Ibn Daud escribió un tratado sobre Astronomía y una obra apologética contra los caraitas que se han perdido. Hasta nosotros sólo han llegado sus otros dos escritos: su obra filosófica *La fe Sublime* y el tratado histórico compuesto de tres partes: el *SHQ* (la primera y mejor conservada), la *Crónica de Roma* y el epítome del *Yosippon* o *Historia de los Reyes de Israel durante el Segundo Templo*. El denominador común de estos escritos es la prioridad que conceden a la tradición y al dogma religioso en caso de colisión con las tesis filosóficas o las enseñanzas históricas, incluso cuando estas últimas parecen claramente irrefutables.

G. D. Cohen apuntó la idea, bastante plausible, de que toda la literaturas conservada de Ibn Daud constituyese en realidad una sola obra, escrita y/o publicada en 1161/2, que bien podría haberse titulado «La defensa del judaísmo por la Razón y la Historia»⁷. En todo caso Ibn Daud parece fuertemente motivado por las amenazas inminentes de la época y del ambiente en que redactó su apología judía. En estos años de exilio, las comunidades dispersas allende al-Andalus están inmersas en el dolor y el abatimiento frente a la dominación y expansionismo del Islam, situación que generó una rica literatura en la que se ex-

6 G. Thery, *Tolède, Grande Ville de la Renaissance Médiévale*. Orán 1944; R. Menéndez Pidal, *La España del Cid*. Madrid 1956; M. T. D'Alverny, «Avendauth?», *Homenaje a Millás Vallicrosa*. Barcelona 1954/56, I, 19-43; J. Amador de los Ríos, *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*. Madrid 1973; R. Lemay, «Dans l'Espagne du XII^e siècle, les traductions de l'arabe au latin». *AESC* 18, 1963.

7 *O.c.* p. XXXII.

presan mensajes de consolación y de esperanza frente a las adversidades, como es el caso de algunas obras de Maimónides y sin duda también de nuestro Ibn Daud⁸.

A la desesperanza debió añadirse por doquier la humillación provocada por actitudes despectivas de cristianos y musulmanes (incluso algunos sectores hebreos, como los caraítas), que vieron en los descalabros judíos del siglo XII, desde al-Andaluz a Tierra Santa, que era en aquel entonces el escenario de las cruzadas⁹, la mano justiciera de Dios. En un Toledo que alberga tan vigoroso renacimiento cristiano y es además centro de la propaganda cluniacense, poca duda cabe de que este argumento antijudío, en particular el castigo divino por la crucifixión de Jesús, debió constituir un ingrediente banal de la vida cotidiana en la que se movían las comunidades supervivientes¹⁰.

En esta situación se comprende la animadversión que Ibn Daud muestra hacia el caraísmo, al que no dejó nunca de atacar en sus escritos, y al que, como ya vimos, incluso dedicó una de sus obras perdidas. En esencia los seguidores de esta secta niegan autoridad a los dogmas y enseñanzas rabínicas, que carecen según ellos de confirmación en la Revelación divina o en la profecía. En otras palabras, los caraítas propugnaban una vuelta estricta a la Torah, considerando simple invención humana la Mišnah o Torah Oral. Su oposición al rabinismo dominante en las comunidades judías no sólo coincide cronológicamente con los ataques procedentes de cristianos y musulmanes, sino que éstos se servirán ocasionalmente de los argumentos caraítas para desprestigiar al pueblo judío en su conjunto y a los rabinos en particular.

Los orígenes de esta secta se remontan a mediados del s. VII, en Irak, y van unidos a la persona de Anán que se esforzó entonces por difundir el conocimiento de la Escritura y recuperar su autoridad perdida frente a las doctrinas talmúdicas, a las que él responsabilizaba de haber desvirtuado el judaísmo tradicional. En realidad, caraíta significa «lector» y seguidor de la

8 Cg. *O.c.* p. XL, notas 117 y 118.

9 Cf. S. Runciman. *Historia de las Cruzadas*, 3 vols. Madrid 1/1973.

10 La principal bibliografía sobre este tema la da G. D. Cohen, *o.c.* XL-XLI, notas 119 y 120. Cf. más recientemente R. Pastor de Togneri, *Del Islam al Cristianismo. En las fronteras de dos formaciones económico-sociales: Toledo, siglos XI-XII*. Barcelona 1975.

Biblia. A España llegó su influencia un siglo después, y a mediados del s. XI es ya un movimiento muy consolidado en la Península. Aunque las relaciones con otras sectas judías (al igual que acaeció entre las diversas religiones) fueron normalmente amistosas, Ibn Daud adoptó siempre posiciones hostiles hacia ellos, calificándolos en todo momento de heréticos y saduceos: El *SHQ* no es en realidad sino el resultado de un inmenso trabajo teológico orientado a probar que las enseñanzas rabínicas engarzan fielmente con la Torah escrita y con los Profetas, sin ocasionar jamás la más mínima adulteración de lo revelado en las Escrituras.

De ahí la importancia de mostrar una completa secuencia cronológica y genealógica, y de que la autoridad rabínica había sido a lo largo de los siglos la única reconocida por todos, incluso por los pueblos y las autoridades gentiles. Ahora bien, la actitud agresiva de Ibn Daud y el reverdecimiento de la polémica tenían, como antes decíamos, motivaciones contemporáneas, pues ante el desafío de los peligros circundantes, el caraísmo no tiene nada que ofrecer, dado que en su concepción teológica todas las promesas han sido ya satisfechas. Profundamente identificado con su pueblo y con su fe, movido también por un templado ánimo combativo, Ibn Daud intenta probar por el contrario que las viejas promesas bíblicas y en particular las esperanzas mesiánicas, no sólo no se han cumplido todavía, sino que el estudio correcto de los datos bíblicos permite anunciar un pronto cumplimiento.

Para apuntalar este mensaje de consolación, Ibn Daud debía interpretar a la luz de la Torah y de la Tradición no sólo la situación actual de su pueblo, sino también toda la historia universal. No olvidemos, sin embargo, que la función consoladora de los relatos hitóricos tiene raíces talmúdicas y que el propio Maimónides participaría de ella¹¹.

LA CRÓNICA DE ROMA

Estas motivaciones y objetivos aparecen con nitidez en su *Historia de los Reyes de Israel durante el Segundo Templo* que

11 Así por ejemplo en su Carta a los judíos del Yemen da como inminente el regreso a Israel de la Profecía y el advenimiento del Mesías aunque no acepta de ningún modo que esa fecha pueda ser conocida con anterioridad ni mediante la astrología ni por ningún otro medio. Cf. la magnífica edición crítica de esta Carta de A.S. Halkin, *Moses Maimonides' Epistle to Yemen*. New York 1952 y la traducción castellana de J. Targarona Borrás, o.c.

viene a ser una especie de epítome de lo que dice el *Yosippon*¹² sobre este período. A pesar de su poca originalidad, Ibn Daud proclama abiertamente en este tratado que su mirada estaba puesta en la futura restauración mesiánica, pues el análisis de esta época prueba que no todas las promesas bíblicas se cumplieron entonces, ni siquiera una de las principales: la restitución de la dinastía davídica¹³.

En efecto, ni la autonomía disfrutada bajo el Imperio Persa ni siquiera la monarquía hasmonea suponen, a su juicio, el cumplimiento de las profecías —y en particular las de Zarácías 11, 4-17—, opinión que compartieron por entonces otros conocidos rabinos. Se trata evidentemente de una cuestión fundamental para el judaísmo y para el cristianismo, pues a fin de cuentas podía formularse en estos términos: ¿Ha llegado ya el Mesías?¹⁴ Ninguna otra interrogante podría mejor sintetizar la irreconciliable desavenencia entre una y otra religión. Pero quizás Ibn Daud piense ahora más en los caraitas, el enemigo interior que no parece participar, como sí lo hacen los cristianos y los musulmanes, de la marea apocalíptica y mesiánica que inunda los escritos religiosos del s. XII.

Prueba de ello es su empeño en mostrar las viejas raíces de las sectas y herejías judías, sobre todo aquellas que, como el caraísmo y los saduceos, sólo reconocen la Torah escrita, señalando su fracaso estrepitoso y su descrédito desde tiempos remotos¹⁵. En sus ataques, Ibn Daud llega incluso, siempre basándose en el *Yosippon*, a atribuir las terribles calamidades de aquellos siglos, incluyendo la destrucción del Templo, a la irresponsabilidad de algunas sectas judías, los Zelotas en particular, que desafiaron las enseñanzas rabínicas y se enfrentaron a Roma movidos por esperanzas infundadas, si no por un espíritu rebelde, fuera de la ley, apóstata y traidor. Aunque no sea original, resulta sorprendente esta identificación de rebeldes y herejes, que hace de los zelotas el más fatídico enemigo del pueblo judío en beneficio de Roma y de sus emperadores Vespasiano y Tito¹⁶.

12 Cf. la edición de D. Flusser, *The Josippon*, 2 vols., Jerusalén 1981.

13 Cf. *SHQ* VII, 434 ss. La misma idea se encuentra con anterioridad en II, 57 ss.

14 Para todo lo referente a la llegada del Mesías y a las ideas mesiánicas en general, la bibliografía es amplísima. A la citada por G. D. Cohen, *o.c.*, p. XXXVI, nota 97, debe sumarse la fundamental de E. Schürer, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid 1985, vol. II, pp. 631-5.

15 Cf. el estado de la cuestión en G. D. Cohen, *o.c.*, p. XXXVIII, notas 107 y 110.

16 Sobre las sectas judías, la bibliografía y fuentes principales pueden verse en E. Schürer, *o.c.*, vol. II, pp. 497 ss. Sobre los zelotas en particular, cf. p. 761.

Para un judío del s. XII, en Toledo, la conclusión es inequívoca: los caraítas debían reflexionar sobre sus responsabilidades históricas y afrontar con otro espíritu la realidad presente, en otras palabras, era menester cerrar filas bajo el rabanismo en la convicción de que las esperanzas mesiánicas estaban todavía por cumplir. Y dado que los exiliados tras la destrucción del Templo de Jerusalén llegaron masivamente a España, cabía coherentemente pensar que sería precisamente aquí donde debían cumplirse en su plenitud todos los sueños proféticos.

Posiblemente por responder a imperativos coyunturales este epítome sobre la historia judía durante el Segundo Templo, caerá pronto en el olvido (paradójicamente sería en cambio el más conocido por los cristianos por su temprana traducción), pues para el conocimiento histórico en sentido estricto era preferible recurrir al propio *Yosippon*. En realidad sólo la sección titulada *SHQ*, la primera y más amplia que traducía no sólo motivaciones «contemporáneas», sino que obedecía principalmente a necesidades históricas fundamentales, del pueblo judío, permanecerá durante siglos como una fuente clásica de la historia y del pensamiento judío medieval, llegando pronto a editarse como obra completa, al margen de las otras dos secciones¹⁷.

En lo que respecta a la *Crónica de Roma*, apenas fue estudiada por judíos o cristianos, posiblemente, como señala G. D. Cohen¹⁸, porque unos y otros podían acceder a fuentes más completas y fiables sobre historia romana. Si esto es así, y no cabe cuestionarlo, lo que debemos preguntarnos es precisamente las razones que movieron a Ibn Daud a escribir este breve tratado en el que ni siquiera expone *todos* sus conocimientos sobre el tema —algunos están exclusiva o más ampliamente desarrollados, p. ej.: en el *SHQ*— y que en apariencia no es más que un apéndice insustancial de temática gentil profana, mal adosado al cuerpo de su obra inspirada en la Tradición y la Fe.

Una de estas razones, tal vez la principal, sería demostrar que el Libro Sagrado del cristianismo, el Nuevo Testamento, no

17 La mejor edición crítica, con traducción inglesa, es la tantas veces aquí citada de G. D. Cohen. Su estudio minucioso y exhaustivamente documentado es imprescindible para adentrarse en cualquier tema relacionado con esta obra de Ibn Daud y, en general, con todo lo referente a este autor.

18 *O.c.*, p. XLI.

responde ni por su fecha de redacción ni por su contenido a las doctrinas predicadas por Jesús, pues éste habría vivido en fechas muy lejanas a la redacción de estos escritos, que fueron además conscientemente manipulados con fines antijudíos. Ya en le *SHQ*¹⁹, Ibn Daud negaba que Jesús Nazareno hubiese nacido en tiempo de Herodes, en el año 38 del reinado de Augusto, ni que tras su crucifixión tras el reinado de Arquelao (4 a.C. - 6 d.C.) acaeciese la destrucción del Templo y del reino de Israel. Por el contrario, Ibn Daud dice basarse en la Mišnah y el Talmud para fechar su vida en tiempos de Alejandro Janeo (103-76 a.C.) y su muerte, a los 36 años, bajo el reinado de Aristóbulo (67-63 a.C.), o sea, que Jesús viviría aproximadamente en los años 100-64 a.C.

En la *Crónica de Roma* vuelve a tratar este tema, si bien para indicar que entre la crucifixión de Jesús y la redacción del Nuevo Testamento mediaron, según los cálculos judíos, cuatro centurias, y al menos tres siglos siguiendo los cómputos cristianos. En consecuencia estos textos, aún en el supuesto de que su transmisión se haya verificado sin contaminaciones al paso del tiempo, no pueden recoger las enseñanzas de Jesús. Por el contrario, son tan sólo una invención de Constantino, y por eso Arrio la rechazó, al igual que harían otros emperadores como Constancio y Juliano²⁰.

Estas elucubraciones llevaron a Ibn Daud a situar históricamente a las figuras citadas, sobre todo a Constantino, y, en

19 II, 64 ss.: «Los escritos históricos judíos aseguran que Yěošua' ben Peraḥyah fue el maestro de Jesús Nazareno. De ser así se situaría en la época del rey Janeo. Pero las obras históricas de los gentiles dicen que nació en tiempos de Herodes y que fue crucificado en los días de su hijo Arquelao. El desacuerdo es importante ya que entre ambas opiniones hay un gran distanciamiento de más de 110 años. Los historiadores gentiles concluyen sus palabras de varias formas. Dicen que nació el año 312 de la Era Seléucida (año 1 de la Era Cristiana) y que fue crucificado 33 años después; que su nacimiento tuvo lugar el año 38 del reinado de Augusto, rey de Roma, en los días de Herodes y fue crucificado en tiempos de su hijo Arquelao. Ellos argumentan todo esto para poder afirmar que después de su crucifixión el Templo y el reino de Israel sólo permanecieron un corto espacio de tiempo. La verdadera tradición, sin embargo, es la que nosotros poseemos y que procede de la Mišnah y el Talmud, que no ha sido tergiversada en lo más mínimo, y es que R. Yěošua' ben Peraḥyah huyó a Egipto en los días de Alejandro Janeo, y Jesús Nazareno huyó con él. Nosotros tenemos la tradición auténtica de que nació el año cuarto del rey Alejandro, es decir el año 263 después de la reconstrucción del Templo y el año 51 del reinado de los Hasmoneos. El año 299 después de la reconstrucción del Templo fue aprehendido, a la edad de 26 años, el tercer año del reinado de Aristóbulo, el hijo de Janeo».

20 Esta tesis fue compartida por otros judíos. Cf. G. D. Cohen, *o.c.*, p. XXXIII, nota 81.

consecuencia, a esbozar la síntesis de historia romana que añadió como apéndice al *SHQ*.

Pero existen otras razones. En otras obras judías aparecen también frecuentes alusiones a la historia romana y el propio *Yosippon*, que tan profusamente usó Ibn Daud, está cuajado de referencias a la misma, desde sus orígenes, pues todos creían ver cierto paralelismo de ésta con la historia del pueblo judío concretamente con los acontecimientos trágicos que conoció la época del Segundo Templo. Además, esta historia romana era fundamental para un judío medieval que consideraba al cristianismo como una simple prolongación de Roma, pues la tradición rabínica —y el propio *Yosippon*— consideraban que ésta era la cuarta bestia de la visión de Daniel (Dan. 7), cuya caída final anuncia la era mesiánica y era por ello ansiosamente esperado por los judíos.

Ibn Daud asume estos postulados, adaptándolos a las circunstancias de su tiempo y privilegiando el escenario peninsular. En su breve crónica se destaca, con estos propósitos, la invasión de los godos y posterior cristinización. Ampliaba así el relato del *Yosippon*, que finaliza con la destrucción del Templo, pero sin llegar, sin citar siquiera el período aún vigente de dominación musulmana, por lo cual España y Andalus aparecen siempre identificados, y la cristianización de la Península destaca sobremanera como el acontecimiento histórico más relevante. En este esquema histórico-geográfico, el lugar del pueblo judío queda también sutil pero claramente delimitado: Ibn Daud prosigue una antiquísima línea argumental que fecha la llegada de los judíos a España en tiempos de Tito²¹, organizan-

21 En el *SHQ*, VII, 196ss. El mismo se considera descendiente de aquellos nobles que llegaron a Mérida invitados por el gobernador romano: «R. Yiṣṣḥaq bar Baruk bar Yiṣṣḥaq bar Ya'aqob bar Baruk ben Albaliyah de la comunidad de Córdoba, pero con anterioridad sus antepasados habían pertenecido a la comunidad de Mérida. Cuando Tito dominó Jerusalén, un lugarteniente suyo, que tenía por gobernador en Sēfarad, le solicitó que le enviara algunos artesanos distinguidos de Jerusalén. Le mandó algunos entre los que se encontraba un fabricante de cortinas que sabía trabajar la seda, cuyo nombre era Baruk. Esas gentes se establecieron en Mérida y engendraron hijos, de forma que hubo en Mérida una importante comunidad. R. Me'ir ben Vives me dijo que vio una carta de R. Sē'adyah Ga'on ¡bendita sea su memoria! que decía: 'A la comunidad de Córdoba, Elvira, Lucena, Pechina, Calcena, Sevilla, a la gran ciudad de Mérida y a todas las ciudades de Israel que la circundan'. Pero Mérida fue asolada por las guerras y los antepasados de este R. Yiṣṣḥaq, el maestro ben Albaliyah tuvieron que emigrar y fijaron su residencia en Córdoba, donde fueron contados entre los mayores de la ciudad».

do sus comunidades en diversas ciudades que caerán después en poder de los invasores godos, pero que todavía en el s. XII seguían siendo los principales focos del judaísmo. Por de pronto, esto evidencia que ellos tenían profundas raíces en España y que en modo alguno podían asimilarse, ni étnica ni históricamente, a los invasores usurpadores musulmanes.

Dudamos que Ibn Daud renovara estos argumentos pensando en los cristianos, pues una vez más se puede constatar que sus esquemas mentales en modo alguno son coyunturales. Por el contrario, su apego y fidelidad a la tradición secular es tan manifiesta que difícilmente podemos encontrar en su obra atisbo de originalidad ni mucho menos de ruptura con los principios bíblicos y rabínicos. Si él realizó uno de los esfuerzos más serios y documentados por armonizar la sabiduría gentil con la revelación fue tan sólo con el expreso propósito de ofrecer una explicación razonada y una nota de consuelo a los problemas que sufría por entonces su pueblo. Sólo en estas coordenadas ideológicas adquiere todo su sentido la concepción histórica universal de Ibn Daud, esto es, su relectura del sueño de Daniel, y más concretamente sus juicios negativos sobre las revueltas antirromanas o el desplazamiento a España de su relato sobre los asuntos romanos.

Conviene insistir en que el interés de Ibn Daud por la temática profana y en concreto por la historia no se justifica por un gusto de «anticuario» tan extendido en el s. XII europeo, y ello se pone nuevamente de manifiesto cuando observamos que sus análisis históricos sobre los imperios del pasado no se desarrollaron totalmente en el *ZDR*, sino que con frecuencia aparecen interpolados, como argumentos teológicos, en su *SHQ*. Ibn Daud no sólo sabe que la historia de gentiles y judíos están prefijadas por Dios, sino que intentará probar cómo se han desarrollado ambas, paralela e interdependientemente, pues en el plan divino se vislumbra, a su entender, una rigurosa concepción simétrica.

Con estas ideas elabora sus tesis sobre los cuatro imperios y la historia del pueblo judío, lo que a su vez explicará su visión sobre la historia de Roma. Ciertamente, tampoco en este campo Ibn Daud podía ser original: sabido es que la preocupación por conocer y contar todo lo sucedido y hacerlo de manera que parezca vertebrado coherentemente, fue durante siglos uno de los rasgos más notables de la historiografía griega y judía, y por tanto de la nuestra, que en aquellas tiene sus fuentes de inspira-

ción. Como quiere A. Momigliano²² se trata de una preocupación rayana en el absurdo, pues ¿quién podría contarlo todo y quién estaría dispuesto a que se lo contarán?, que suele resolverse en la perspectiva mesiánica consustancial a casi todas las historias universales del pasado y del presente.

Para no desviarnos en exceso de nuestra temática, permítansenos precisar que ya el Libro de Daniel ofrece esta doble visión universalista y mesiánica, siendo la primera de orígenes claramente griegos y claramente judíos la segunda. En otros términos, podemos dar por probado que la historiografía judía transformó pronto la idea griega de historia universal en una concepción mesiánica y apocalíptica de la historia²³. Y naturalmente, esto obliga a una constante reinterpretación del desarrollo histórico, tanto más sutil y complejo cuanto el paso de los siglos y de los reinos evidenciaba la fragilidad de aquella concepción, la inevitable frustración de las esperanzas mesiánicas y, a la postre, el sentimiento de haber vivido secularmente equivocados.

En esta tesitura se encontraba a mediados del siglo XII Abraham Ibn Daud. El vuelve, necesita volver a la temática de la sucesión de los imperios, porque necesita explicarse la postración de su pueblo. De ahí que sus datos sobre la historia romana y en particular su cronología, ofrezcan siempre un significado bifronte: positivo para los gentiles, negativo para los judíos, o viceversa. En todo caso, ninguna fecha es inocua, ningún acontecimiento nos está permitido trivializarlo o entibiárlolo con los barómetros modernos.

Lo original no es, pues, la vuelta a la teoría de los imperios y a las concepciones mesiánicas. Lo llamativo en este caso es la valoración, en este contexto, del Imperio Romano, pues claro está que el libro de Daniel no lo contemplaba. Para complicar más las cosas, el problema no acaba aquí: a fin de cuentas la historiografía romana, incluyendo a Polibio, se había enfrentado a esta cuestión. Para Ibn Daud lo más difícil tal vez no fuese ubicar a Roma en la serie sucesiva de imperios, tal vez para él

22 *La historiografía griega*, Barcelona 1984, pp. 365 ss.

23 Lo que no quiere decir «catastrofista». Cf. las sutiles y recientes precisiones al respecto de A. Abecassis, «Le sens et le message de l'Apocalypse juive», en *Apocalypse et sens de l'histoire*, Paris 1983, pp. 41-56.

lo más difícil fuese darle un sitio históricamente razonado al podería islámico. Históricamente quiere decir aquí, no olvidemos, proféticamente.

Inevitablemente Ibn Daud debe hacer una nueva relectura de los textos sagrados que siga probando y comprobando que la historia del pueblo judío es la que enhebra el devenir de los restantes pueblos, aunque de forma desigual, pues si los desastres del imperio persa se corresponden y son causados por los períodos de hostilidad contra los judíos, la fortuna de Roma camina *inversa ratióne* a la de los judíos, coexistiendo aquí el esplendor de una con el infortunio de la otra, o viceversa. Para probar estos presupuestos, Ibn Daud no puede ni pretende elaborar una narración acrítica, sino que por el contrario se servirá de una muy rigurosa secuencia cronológica, como por lo demás demandaban los gustos del tiempo. En todo caso, lo más sobresaliente es su recomposición de la sucesión de los reinos. Reinterpretando el sueño de Daniel, nuestro autor parece pensar en una secuencia de cuatro grandes imperios, que incluyen respectivamente a varios reinos.

En síntesis, él parece contemplar una serie integrada por un gran imperio asiático (Persia), un gran imperio helenístico (Grecia y Roma), el imperio romano y por último el Islam, cuya destrucción deberá dar paso al reino de Dios. La intencionalidad de esta reinterpretación de Daniel no podía estar más justificada ni ser más adecuada a las necesidades socio-políticas en que vivían por entonces los judíos. Lo que en última instancia quiere enseñar Ibn Daud, a propósito de su *Crónica de Roma*, es sencillamente que las esperanzas proféticas no se han cumplido totalmente ni tampoco en lo sustancial, de manera que la nueva monarquía davídica, no materializada en el Segundo Templo, anuncia su inminente llegada.

La revisión de la teoría de los reinos de Daniel realizada por Ibn Daud, y también por otros judíos de su tiempo, se vio propiciada por la dominación «universal» del Islam, al que se consideró el último de los cuatro imperios cuya caída abriría el camino al reino mesiánico. Si tenemos en cuenta las dificultades sufridas en Sefarad bajo la dominación de estos hijos de Ismael y la lucha que se sostenía por entonces entre cristianos y árabes, se podría comprender el papel destacado que se concede a España así como a la exoneración de culpabilidades y los buenos criterios con se contempla la historia romana, incluyendo capí-

tulos tan sangrantes como la destrucción del Segundo Templo o las represiones de los primeros Antoninos.

Para conjugar la realidad histórica (cruzadas, «reconquista española», etc.), la cronología y la escatología judía, luchas entre Esaú e Ismael, Ibn Daud situará el poderío romano como el tercer imperio, ocasionalmente compartido también por Persia, que enarbolando la bandera del cristianismo se enfrenta al cuarto y último, el Islam. Y además, al distinguir entre *imperium* y *regnum*, considerado éste como un subgrupo de aquél, podrá operar con grandes ciclos cronológicos cuya formación y vicisitudes supo explicar gracias precisamente a sus profundos conocimientos de la historia real.

Si esto es así, parece sorprendente que Ibn Daud termine su *Crónica de Roma* con la expansión de los Godos por España y su consecuente cristianización, sin hacer ninguna referencia a la islamización posterior. No cabe pensar que ello se debiese tan sólo a su deseo de narrar las épocas más lejanas en el tiempo, ni creemos que el nacionalismo político incipiente en Europa, y particularmente en la corte de Toledo, y su incidencia en los estudios históricos, que ponen a veces un énfasis desproporcionado en el protagonismo nacional o local, sea una explicación suficiente, si bien todo ello pudo facilitarle la tarea a nuestro autor: «Durante su reinado (se refiere a Honorio) entraron los Bene 'Uş y tres de sus grupos se esparcieron por Sĕfarad: los Vándalos, los Alanos y los Suevos. A causa del nombre de 'vándalos' Sĕfarad se llamó Andalus. Tomaron todo el país de Sĕfarad de manos de un pueblo llamado Ispan, por cuyo nombre el país se llamaba Ispania, y que era descendiente de Tubal, hijo de Yafet. Los Bene 'Uş los vencieron, los mataron y ocuparon su lugar...».

Como ha señalado G. D. Cohen, lo que Ibn Daud quiere precisar con este espectacular giro final de su crónica, centrando la atención en España, es que estos Godos descendientes de 'Uş pertenecen al tronco primigenio de Edom, el enemigo ancestral de los hijos de Jacob²⁴, y que por tanto los judíos españoles estaban habitando en su territorio. En otras palabras, España parecía ser el campo de batalla donde se enfrentarían a muerte los imperios tercero y cuarto señalados por Daniel, el

24 Cf. G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 250 ss.

imperio de Ismael, los sarracenos, y el de Esaú, los edomitas, enfrentamiento que otros autores judíos habían fijado incluso para los años 1186/7²⁵, fecha que daría paso a la era mesiánica.

Así pues, Ibn Daud está convencido de que España no es sino una continuación de la antigua Roma, un simbólico lugar de fusión 'Kittim-Edom', legitimada por la alianza matrimonial entre el emperador Teodosio y el rey de 'Uş «se había hecho poderoso y, hasta que emparentó con Teodosio, había conquistado el país de Roma».

En su aparente sencillez, este discurso narrativo encajaba con las aspiraciones y sentimientos del incipiente nacionalismo de los reinos hispánicos, que encuentran aquí raíces propias, sin dependencia del Sacro Romano Imperio ni tampoco de la Sede Papal, y que naturalmente mostraba la ilegitimidad histórica de la presencia árabe en la Península²⁶.

Pero Ibn Daud no adopta ni casual ni sumisamente esta «visión españolista» de los orígenes y filiaciones etnológicas, sino que lo hace por propia coherencia espiritual, esto es, por solidaridad sentida con el pueblo judío al que pertenece: España, ahora heredera y fundada con Roma (Kittim, Edom) puede así representar su papel en el esquema histórico de los cuatro imperio, constituirse en el aniquilador del cuarto y último reino, y desaparecer a su vez por la inminente inauguración de la era mesiánica.

Que llegase incluso a identificar a Alfonso VII, o a su casa o sede toledana, con Armilus, el último rey de Edom, según apunta G. D. Cohen, creemos puede ser una hipótesis no suficientemente constatada, pero estamos plenamente de acuerdo con él en que «a la luz de las horribles persecuciones y trastor-

25 Sobre los nombres de los pueblos, cf. Isidoro, *Et.* IX, 2.

26 Sobre el incipiente nacionalismo de los reinos Astur y Leonés, así como de las pretensiones en igual sentido de los prelados de Santiago de Compostela, cf. F. Menéndez Pidal, *El Imperio hispánico y los Cinco Reinos*, Madrid 1950; P. E. Schramm, «Das Kastilische Koenigtum und Kaisertum waerend der Reconquista», en *Fest. F. G. Ritter*, Tubinga 1950; Idem, *Las insignias de la realeza en la Edad Media Española*, Madrid 1960; G. Post, «Blesseda Lady Spain —Vicentius Hispanus and Spanish National Imperialism in the Thirteenth Century», *Saeculum* 29, 1954; idem «Two Notes on Nationalism in the Middle Ages», *Traditio* 9, 1953; W. Hullmann, *The Growth of Papal Government in the Middle Ages*, New York 1962. Para la repercusión de todas estas cuestiones en el mundo judío de los siglos XI y XII, cf. Y. Baer, *Los judíos en la España cristiana*, 2 vols, Madrid 1981, y G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 255 ss., con abundantes referencias bibliográficas.

tornos que los Almohades han acarreado a los judíos andaluces. Ibn Daud pensó sin duda que su propio tiempo estaba presto para el fin anunciado. Sintió muy profundamente que estaba presenciando una era jeremíaca en la que los hombres estaban soportando el cumplimiento de la profecía...»²⁷.

Aun cuando estas visiones de la historia sólo anunciasen transformaciones de carácter religioso, resulta sorprendente la defensa que hace Ibn Daud de Roma y de su emperador Tito, en contraste con la crítica de los rebeldes judíos y en particular de Bar Koziba', máxime cuando con ello discrepara abiertamente de la tradicional visión rabínica, aunque no con el *Yosippon*. ¿Cómo se explica esto? En principio, él mismo señala su dependencia del *Yosippon*, pero en último término lo que Ibn Daud quiere realmente mostrar es el daño que a sí mismos pueden causarse los judíos, por una comprensión errónea de los textos sagrados y de la tradición, y sobre todo cuando actúan por propia iniciativa al margen de la Fe. Las generaciones y los imperios tienen un tiempo señalado por Dios: descubrirlo, no trastocarlo, debe ser el objetivo de los estudios históricos. Aquí estriba el error y el daño consecuente provocado por aquellos rebeldes zelotas, el mismo que tal vez en sus días podían ocasionar otras sectas o herejías del judaísmo.

Indirectamente Ibn Daud reafirma así la importancia del estudio y de la Torah oral, único camino para evitar cálculos erróneos y desastrosos, acciones suicidas como fue el caso de los zelotas de Koziba', quienes creyeron ver los signos del final de los tiempos pensando que Roma encarnaba la cuarta bestia del sueño de Daniel. Error comprensible, porque había indicios que desfiguraban la realidad. Por ejemplo, las maravillas arquitectónicas romanas que él vincula a las tres más importantes figuras de la historia romana: Rómulo, el fundador de Roma y primero que somete todo Occidente; Julio César, quien restauró la monarquía, régimen que Ibn Daud identifica con las épocas de esplendor, y, por fin, el dominador universal que fue Augusto, bajo cuyo reinado precisamente nació Jesús de Nazaret, que para muchos era la encarnación del mal que había de aparecer justo antes del fin para dar paso a la era mesiánica²⁸.

27 Cf. *o.c.*, pp. 219-20; 261.

28 *SHQ* IV, 66ss: «La gran ciudad de Roma fue construida en tiempos de Ezequías, rey de Judá. La construyeron dos hermanos que fueron grandes reyes, el uno se

Si tenemos en cuenta la importancia que también daban los cristianos al nacimiento de Jesús en tiempo de Augusto así como la simbología del bronce presente en la obra de este emperador, se comprende que muchos encontrarán ya aquí materializado el cuarto imperio y se apresurasen a calcular el momento final: de ahí que los diez emperadores que van de Julio César a Domiciano se identificasen con los cuernos del sueño de Daniel, apareciendo Bar Koziba' en el décimo para tomar el poder con el undécimo, Nerva. Por eso Ibn Daud tergiversa a sabiendas los datos reales, como puede leerse en su *Crónica de Roma*.

llamaba Rómulo y el otro Rémulos. Rómulo conspiró contra su hermano, lo mató muy pronto y reinó él solo. Sometió a todo Occidente bajo el poder de Roma. Murió en Roma y los romanos le hicieron grandes exequias; sobre su sepultura construyeron un gran edificio circular; el diámetro de su base era de cincuenta codos y su perímetro de ciento veinte codos; a lo alto se estrechaba como una especie de cono; tiene una gran altura y todavía existe en Roma ya que no ha sido destruido. También después de la muerte de Rómulo estuvieron en calma los romanos, pues no hubo nadie que los tuviera sometidos hasta que surgió Nabucodonosor y los sometió, según está escrito: «Todos los pueblos le sirvieron...» (Je 27, 7). Y en tiempos de su nieto Baltasar fue destruido el imperio caldeo y la dominación pasó a manos de Darío y después a Ciro y a otros reyes; finalmente surgió sobre ellos Alejandro el Macedonio, el gran rey que destruyó todo el imperio persa según está escrito: «y cargó contra él, y embistió al carnero...» (Da 8, 7). Con todo esto los romanos estuvieron en un principio sometidos a los caldeos, luego a los persas y finalmente a los griegos. Y cuando la dinastía hasmonea venció a Antioco y a su reino, también los romanos se reunieron y resistieron. Se fortalecieron y lograron quitar de sus cervices el yugo de los griegos, los sometieron y les hicieron pagar tributo. En tiempos de Janeo, rey de Israel, empezaron a reinar por segunda vez; el primer monarca fue Julio; le llamaron César porque su madre había muerto teniéndole aún en el vientre y se lo abrieron. Fue un gran rey que devolvió a los romanos la monarquía. Por esta causa su nombre se perpetuó en todos sus reyes que fueron llamados «Fulano César». Cuando murió se le tributó tanto honor como no se había concedido nunca a ningún otro monarca: una enorme torre, muy alta, con garfios de hierro insertos en la base, que subían desde abajo hasta lo más alto; estaban entrelazados y sobre ellos colocaron una gran arca de bronce macizo en la que se encontraba Julio. El arca aún puede verse actualmente. Después de él reinó Augusto, hijo de su hermano. También fue un gran emperador. De él se dijo que reinó sobre todo el mundo. En el año cuarto de su reinado impuso a todo el mundo un tributo de bronce; con él pavimentó el río Tíber, a cuya orilla se asienta la ciudad de Roma; pavimentó unas veinte millas con gruesas planchas de bronce, a pesar de ser muy grande la anchura del río. Hasta el día de hoy se hacen los cálculos a partir de la 'Era de Bronce'. Los romanos tienen muchos libros en los cuales se relata su gloria y sabiduría y en los que se afirma que no hubo en las naciones del mundo otro rey como él. Jesús Nazareno nació el año treinta y ocho de su reinado. Gobernó durante cincuenta y dos años sobre un imperio que, al decir de ellos, se extendía por toda la tierra». No olvidemos que en este tiempo la arquitectura está plagada de estructuras simbólicas.

La temática se prestaba también a elucubraciones etimológicas sobre los nombres de los personajes (*Koziba* podría derivarse de la raíz *kzḅ* que significa ser impostor; Rufus de *rfš*, arcilloso, rojizo; aquí significa probablemente ‘pelirrojo’, como David y Esaú; Romulus o Armilus aniquilado por el Rómulo israelita, vocablo que también puede significar reino o conquista...) y podía aprovechar algunos relatos cristianos que atribuían a Domiciano el propósito de aniquilar los últimos restos de la casa de David por miedo a una sublevación de carácter mesiánico, idea que los cristianos esgrimían como prueba de que la alianza de Yahveh con los judíos había sido definitivamente revocada²⁹.

De manera tan sutil y compleja, especialmente para los no familiarizados con el universo espiritual judío y medieval, valiéndose además de referencias muy dispares, cristianas, hebreas, clásicas, legendarias o documentadas..., elabora Ibn Daud su *Crónica de Roma* e interpreta el episodio fundamental de las revueltas contra su dominación. Aunque también simbólica y compleja, parece más comprensible la asociación de prodigios naturales y tragedias históricas, elemento casi tópico de toda literatura escatológica y en especial de la cristiana³⁰. En conclusión, la versión de Ibn Daud sobre Roma era una advertencia temible para sus coetáneos, pues mostraba cómo los sabios de antaño y el pueblo judío en general malinterpretaron los signos escatológicos con los trágicos resultados por todos conocidos. El error y la acción desesperada no debían repetirse.

FUENTES

En la elaboración de sus trabajos Ibn Daud se sirvió tanto materiales judíos como gentiles, procurando armonizarlos de manera que cuadrara sin estridencias la historia de su pueblo como eje de la historia universal. Los estudios especializados³¹ han señalado que su interés por la cronología, sus esperanzas mesiánicas y su actitud combativa frente a las herejías y demás

29 Cf. Eusebio, *HE*, III, 19.

30 Cf. estos prodigios en Orosio, *Hist.*, VII, 12, 4-5, quien señala como «en un increíble levantamiento, los judíos enloquecidos, por así decir, de rabia, estallaron en revueltas por distintas partes del mundo al mismo tiempo».

31 Cf. G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 159 ss.

religiones, tenía antecedentes en la Academia de Sura, en la jurisprudencia judía e incluso en la historiografía musulmana. Sus estímulos contemporáneos y la fuerza del carisma en Toledo bastaría para explicar su frecuente uso de escritores judíos coetáneos o consagrados en el pasado, si bien él no cita a ninguno, siguiendo en esto la costumbre medieval³².

No obstante Ibn Daud sorprende a veces por sus discrepancias con la ortodoxia rabanita y bíblica en temas concretos y en cálculos cronológicos. En ocasiones, estas divergencias se producen por su estrecha dependencia del *Yosippon*, del que posiblemente manejó un texto diferente, en detalles cronológicos. En ocasiones, estas divergencias se producen por su estrecha dependencia del *Yosippon*, del que posiblemente manejó un texto diferente, en detalles cronológicos, de la versión más divulgada por la Península.

Esta obra, también conocida como *Yosef ben Gorion*, se atribuía a Fravio Josefo y narraba la historia judía desde Adán hasta la destrucción del Templo por Tito, intentando sincronizarla con la historia romana. Posiblemente se escribió a mediados del s. X en el sur de Italia por alguien que se basó fundamentalmente en los escritos de Josefo y que pudo pretender dar una réplica judía al *Testimonium Flavianum*³³.

Como ya hemos señalado, los datos y fechación de Jesús (que él estima tendenciosamente aproximados a la destrucción del Templo) fueron tomados de obras judías y mozárabes familiares entonces en los círculos donde trabajaba Ibn Daud (p. ej. las *Toledot Yeśu*, que circularon bajo diferentes formas en el mundo medieval). En este punto todos se atenían a la tradición talmúdica, contraria a la versión y cronología gentiles, que eran ciertamente conocidas también por nuestro autor. Sin embargo, no olvidemos que en aspectos concretos (sobre Tito, Antonino o Kozi-ba'...) pudo servirse de fuentes medievales secundarias, incluso de tradiciones orales, que hoy resulta harto complejo descubrir.

32 Estas influencias suelen deducirse por coincidencias en el tratamiento de los problemas, correspondencias en la interpretación e incluso en el estilo y en... los errores. Sirva de ejemplo la comparación entre los datos que aportan Ibn Daud y Yehudah Hadassi analizada por G. D. Cohen, *o.c.*, p. 161, nota 11.

33 Cf. E. Schürer, *o.c.* I, p. 162; D. Flusser, «The Author of the Book of Josiphon: His Personality and His Ages» (hebr.), *Zion* 18, 1953; Y. Baer, *o.c.*; H. Lewy, «Josephus the Physician: A Medieval Legend of the Destruction of Jerusalem», *Journal of the Warburg Institute*, I, 1937.

Pero, como tendremos ocasión de señalar, Ibn Daud no sólo se inspira con frecuencia, para la historia profana de Roma y de otros imperios, en materiales de la «sabiduría clásica», sino que también su tratamiento refleja tendencias específicas de la historiografía europea del siglo XII³⁴: en la propia elección del tema de Roma, en su gusto por la secuencia y precisión cronológica, por los fenómenos extraordinarios y los grandes personajes, en sus elucubraciones etimológicas o en su interés por la expansión del cristianismo... temática y tendencia que se inspiraban principalmente en las obras de Isidoro de Sevilla y de Orosio, dos autores españoles que constituyen auténticas coordenadas del pensamiento medieval peninsular y europeo según es bien conocido³⁵.

A este respecto cabe precisar la existencia en la Península Ibérica de una versión mozárabe, retocada y ampliada, de la *Apología* de Orosio, que sería utilizada por el propio Ibn Jaldún³⁶. Uno de los aspectos más llamativos de esta versión es que prolonga el relato orosiano hasta la conquista árabe, quizás con el propósito de ofrecer a los lectores un complejo manual de historia universal. Como puede verse en las notas del texto de Ibn Daud, abundan los paralelismos de esta obra mozárabe con la *Crónica de Roma*, por lo que G. Levi della Vida señaló una posible dependencia por parte de Ibn Daud. Lo curioso es que éste parece a veces más próximo al Orosio auténtico que a la versión árabe, por lo que cabe pensar que en la España musulmana pudo circular otra traducción orosiana más fiel de la que no tenemos por ahora referencias.

En todo caso, es manifiesto que Orosio e Isidoro, sean cuales fuesen los conductos intermedios, son las dos principales fuentes gentiles de Ibn Daud, como lo sería el *Yosippon* por parte hebrea. El resultado de todo ello no debería minusvalorarse, pues para decirlo con palabras de G. D. Cohen, «a pesar del muy fragmentario y frecuentemente erróneo conocimiento de Ibn Daud sobre la historia de Roma y Persia, para el estudio-

34 Algunos estudiosos han analizado detalladamente esta influencia, p. ej.: M. Klein y E. Molinar, «Ha-Rabad bë-tor oqer dibre ha-yamim», *Hazofeh* 5, 1921: VIII, 1924 y IX 1925; I. Elbogen, «Abraham ibn Daud als Geschichtschreiber», *Fest. z. siebzigsten Geburtsage J. Guttmanns*, Leipzig 1915.

35 Cf. Ch. H. Haskins, *La rinascita del XII secolo*, Bolonia 1972, pp. 193 ss.

36 G. Levi della Vida, «La traduzione araba delle Storie di Orosio», *Al-Andalus* 19, 1954, 261.

so moderno de la literatura judía representa una bocanada de aire fresco. Manifestando al menos cierta conciencia de la importancia de la historia no judía y al hacer un esfuerzo por vitalizar los aspectos no judíos de la historia mediante la utilización de biografías e informaciones de procedencia heterodoxa, se hizo ligeramente eco de algunas de las notas nuevas que estaban sonando en el renacentista interés europeo por el pasado y por el mundo no cristiano»³⁷.

Efectivamente, el siglo XII europeo conoce un gran interés por los temas históricos e historiográficos, si bien no bebe de las fuentes ni de la tradición histórica clásica sino en las de la Baja Latinidad. Por eso ignora prácticamente a Tucídes o a Tácito, a Livio o a Polibio, y se nutre ante todo de la poesía histórica o, en el mejor de los casos, de los epitomadores que tanto abundan durante la Antigüedad Tardía: Floro, Justino, Eutropio, Valerio Máximo³⁸. Consideraciones similares cabe apuntar en lo referente a las concepciones, a la metodología y a los objetivos propios de esta «rinastita» historiográfica medieval: si los clásicos grecolatinos muestran en fecha temprana su preocupación por las causalidades históricas, por la verificación de los testimonios, por la elaboración de fiables referencias cronológicas y por el valor ético-pedagógico de la historia como maestra de la vida pública, la literatura histórica del s. XII está mucho más preocupada por armonizar los datos y las fechas del Antiguo Testamento con los de la historia política mundana y por convertir esa historia sagrada (de tinte agustiniano), en un consuelo para las penalidades de esta tierra y orientación para el largo caminar del hombre a través de este mundo en busca del Reino de Dios.

Por todo ello, los escritos referentes a la historia de Roma, como el que aquí analizamos, apenas dicen nada de lo que era, para los clásicos y para nosotros, la auténtica naturaleza de aquella sociedad, el proceso específico de su formación y las causas que llegaron a su decadencia y a su desaparición. Más

37 *O.c.*, p. 162.

38 Ch. H. Haskins, *o.c.*, pp. 192-236; una opinión contraria parece sostener J. A. Maravall, pero a la postre de su propio análisis puede deducirse que la utilización de los clásicos no fue ni mucho menos generalizada, sobre todo los historiadores, cf. «La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media». *RABM*, 62, 1, 1957, ahora recogida en *Idem, Estudios de Historia del Pensamiento Español*, 1, Edad Media, Madrid 1983, pp. 269-330.

aún, la supeditación del proceso laico-terrenal a las enseñanzas morales del cristianismo y a la historia sagrada narrada en la Biblia, lleva a estos escritores a especulaciones interpretativas fantásticas, a la elaboración de una periodización siempre enmarcada en su principio por la creación divina y en su final por la Parusía, y, en fin, a esquemas cronológicos que podrían asombrar al no familiarizado con la ideología agustiniana y feudal, como la obsesión de fijar el día e incluso la hora de la Creación y de otros momentos trascendentales de la historia universal³⁹.

No obstante, el hombre medieval aceptará la definición isidoriana de la Historia como *narratio rei gestae* (Et. 1, 41) y de ahí la dificultad de diferenciar la narración histórica de la simple crónica o reseña de acontecimientos. Lo específico será, pues, esa preocupación por el tiempo, por el sentido temporal de la historia, pretendiendo abarcarlo en su globalidad, minusvalorando la dimensión espacial de la aventura humana, y centrando todo el interés precisamente en los acontecimientos *de ultimis temporibus*. Más adelante veremos cómo esta concepción debía identificar en la práctica la naturaleza de la Historia con la pura profecía. Lo dicho hasta aquí nos permite razonablemente aceptar que esas narraciones históricas carecen de los contenidos y del rigor que hoy exigimos a toda disciplina académica. En realidad, lo justo no es hablar de historia, sino de teología, de referencias morales o de ejemplos para la acción política. Desde luego, nadie meditó sobre la naturaleza de la historia, ni se valoró ésta como una disciplina autónoma.

En fin, su orientación religiosa o teológica explica la importancia concedida a los relatos bíblicos por judíos y cristianos, siendo de resaltar los estudios realizados por los primeros en la Península Ibérica a partir del s. X y de los que se beneficiaron pronto los eruditos cristianos. Si para nosotros esos estudios tienen metodológicamente interés, es precisamente porque allí se elaborarían rigurosas series cronológicas que serán referencias obligadas de los siglos posteriores. No es necesario decir que esta tarea, al no servir a la historia *sensu strictu*, tampoco era realizada por historiadores de profesión, sino muy especialmente

39 Cf. H. Haskins, *o.c.*, pp. 197-8; cf. A. Cottorell (ed.), *Historia de las civilizaciones antiguas*, I, Barcelona 1980, p. 11; J. Fontana, *Historia, Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona 1982, pp. 29 ss.

por monjes, obispos o rabinos. Sólo cuando el estudio del pasado se haga con fines laicos, ajenos a las preocupaciones religiosas o a la teología, vinculados por el contrario a los ideales nacionalistas de la modernidad y a los progresos de los Estados, sólo entonces la historia será autónoma y podremos hablar con propiedad de historiadores: no por casualidad habrá que esperar al s. XIV para que en los índices de la biblioteca de la Sorbona se incluya un apartado específico de «historia».

No resulta fácil explicar por qué y de qué modo las concepciones clásicas grecorromanas acerca de la historia se transformaron tan profundamente en la Baja Latinidad y durante la Alta Edad Media. Quizás el punto de partida haya que buscarlo en la crisis del s. III d.C., cuando los nuevos sectores sociales dominantes, ajenos a las formas de vida y a la cultura clásica, se «interesan» por la historia del Imperio Romano y desean saber algo sobre el mismo: aparecen entonces los primeros epítomes que tanto éxito tendrían en los siglos siguientes (Justino, Eutropio, Festo...) y que limitan su contenido a una enumeración casi totalmente acrítica de acontecimientos, sin matizaciones político-religiosas, sin búsqueda de causalidades, privilegiando la brevedad: como siempre, el saber histórico respondía a unas precisas necesidades sociales, aunque éstas sean tan pobres como las de estos penosos siglos⁴⁰.

En realidad, las escasas exigencias históricas de los nuevos sectores sociales dominantes durante la Antigüedad Tardía, tralucen solamente el generalizado empobrecimiento cultural de aquellos siglos, al menos con referencia al esplendor historiográfico grecorromano. Los fondos bibliográficos eran extremadamente limitados y su difusión igualmente modesta. La reducción de la historia a mera cronología o escueto epítome y su expresa sumisión a los poderes públicos estatales y eclesiásticos, explican su consideración como sierva de la teología, sus pretensiones de universalidad y algunas anécdotas como las de Sozómo pidiendo a Teodosio II la aprobación de su obra, con

40 Cf. B. Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident Médiéval*, Paris 1980, pp. 280-83; E. Malcovati, «I breviari del IV secolo», *Ann. della Fac. di Lett. dell'Univ. di Cagliari*, 21, 1972, pp. 5-11; E. Sánchez Salor, «Introducción a Orosio», *Historias*, Madrid 1982, pp. 51-56.

el ruego expreso de que la corrigiese o vetase a su entera discreción⁴¹.

Desde principio del milenio II se constata una expansión del interés por la Historia, casi siempre acompañado de la exégesis bíblica, pero motivado ahora por las nuevas circunstancias políticas y nacionales, por la querrela de las investiduras, por las cruzadas y su imperiosa justificación. Si el s. XII reverdece el gusto por los epítomes, esta vez adornados de cierta retórica «antigua», es decir, de ciertos impulsos críticos que buscan explicaciones y causalidades, no podemos olvidar que este aceptado «renacimiento» se ve frecuentemente limitado por la subordinación del saber histórico a la moral, a la teología, al derecho, materias éstas que serán las encargadas de dar la «teoría» en la interpretación de los datos, datos que siguen siendo de naturaleza prioritariamente cronológica y que en última instancia se consideran sometidos a la voluntad divina. Como ha señalado B. Guenée, a ello habría que añadir las dificultades de documentación, que casi obligan a narraciones rutinarias, y el aislamiento de los eruditos y el oscurantismo cultural generalizado por doquier: «en última instancia, la mayor debilidad de los historiadores de entonces fue la ignorancia de los demás»⁴².

Señalemos por último el éxito que en estas fechas adquieren las historias de Roma, cuyos fines eran principalmente normativos y escolares, y que, como en el resto de las narraciones, no ofrece unos límites claros que deslinden el rigor histórico del gusto literario⁴³. En todo caso, al tratarse siempre de secuencias cronológicas y generacionales, lo importante es precisar los eslabones claves de la cadena temporal, lo que en este caso equivale a decir la sucesión de emperadores. Evidentemente, no hay hecho importante que no sea el protagonizado por un personaje importante, y siempre será importante el hecho mismo de reinar y la época del reinado.

Si aceptamos que esto es lo que interesa al escritor/historiador de entonces —y al círculo más o menos reducido en que inciden sus trabajos—, habremos de convenir en que la mayoría

41 B. Guenée, *o.c.*, pp. 357 ss.; A. Momigliano, *o.c.*, p. 117. Alguien podría recordar las relaciones de Flavio Josefo con Tito y Vespasiano, aunque tal vez aquí, bajo una apariencia idéntica, subyacen situaciones de sometimiento muy dispares.

42 *O.c.*, p. 363.

43 *Ibid.*, p. 279.

de los relatos medievales sobre el Imperio Romano cumplen escrupulosamente, o así lo intentan, este objetivo. Naturalmente, para nosotros el problema reside en comprender por qué era esto precisamente lo importante, y cómo lo fue de tal manera que Abraham ibn Daud pudo escribir su *Crónica de Roma* absolutamente descarnada de razonamientos teóricos, apenas ni siquiera con adornos literarios elaborados en hechos de personajes famosos, renunciando ¡incluso! a narrar vicisitudes y datos que el propio autor conocía, pero que sólo escribió en el contexto de otras obras suyas... teológicas por supuesto.

Inmerso a su manera en este renacimiento historiográfico y cultural del s. XII europeo, pero a la vez vivamente preocupado por la situación y la suerte futura de su pueblo, sirviéndose en todo momento de los muy escasos documentos disponibles, elaboró Ibn Daud la *Crónica de Roma* que hoy presentamos por primera vez traducida y comentada. Si la disciplina histórica es una ciencia que acumula materiales, personajes y acontecimientos, y que pretende cohesionarlos de manera razonada, entonces la Crónica de este fiel judío no nos aporta nada nuevo para el conocimiento de Roma y, como ya se ha hecho, podemos marginarles en el apartado de lo «insignificante».

Si la historia sirve además para mover amplias capas sociales en pos de un proyecto comunitario, es decir, si la historia es un instrumento para labrar el futuro (o para ensoñararlo cuando el presente niega toda esperanza a corto plazo), entonces la obra escuálida de Ibn Daud es un producto elaboradísimo de un sabio artesano al servicio de los suyos. Y para nosotros, hoy, testimonio del tiempo en que se fraguó y de un arte poco común para manipular sutilmente el pasado para consuelo de un pueblo que se sabe condenado a la paciencia y a la espera. Saber histórico y necesidad histórica vienen unidos, pero no se confunden.

CRONICA DE ROMA

Desde su fundación hasta el comienzo del reino árabe.

[*Rómulo*]

La gran ciudad de Roma fue construida por dos jefes hermanos. El mayor se llamaba Rómulo y el más joven Rémulo¹. La construyeron el sexto año de Ezequías, rey de Judá².

Añadieron al año solar dos meses: Mayo, que quiere decir «grande» y Junio que significa «pequeño», pues con anterioridad a ellos el año solar estaba dividido en ocho meses³.

Rómulo, el mayor, conspiró contra su hermano Rémulo, lo derrotó y lo mató.

1 En los textos medievales es frecuente encontrar el nombre de *Remulus* en lugar de *Remus*, al igual que acaece en Ibn Daud. Cf. A. Graf, *Roma nella Memoria e nelle Immaginazioni del Medio Evo*, Turín 1923, p. 84, nota 5.

2 La expresión con la que inicia su relato Ibn Daud se encuentra también en su *SHQ*, IV, 66 (trad. ingl. IV, 87) aunque allí no se precisa en qué año tuvo lugar su fundación. Una fecha similar da Agustín: «Cuando Roma fue fundada (...) era rey de Judá Ajaz o, según otro cómputo, su sucesor Ezequías, rey excelente en virtud y piedad, que reinó —y esto consta—, en tiempos de Rómulo. En otro reino hebreo, en Israel, había ya iniciado su reinado Oseas», cf. *La Ciudad de Dios*, XVIII, 22. (Trad. de J. Morán). Y el mismo criterio aparece en el Ps. Orosio, cf. Levi della Vida, *o.c.*, p. 80, nota 1, si bien Orosio se sirvió de otras referencias cronológicas, cf. *Hist.* II, 4 («año 414 de la caída de Troya en la sexta de las olimpiadas»). Ajaz reinó los años 737-718, Ezequías lo hizo hasta el año 689 y Oseas en el 731.

3 Según esto, en un principio el calendario tendría solamente 8 meses solares, pero dado que Roma todavía no había sido fundada, es difícil precisar a qué pueblo o país pueda referirse Ibn Daud. Los orígenes y primeras modificaciones del calendario romano no están completamente claros para nosotros, pues los primeros analistas romanos, siendo una concepción unitaria que aplicaban a todos los fenómenos e instituciones, pretendían ver un momento y una persona responsable individual de la instauración y/o reforma de cuanto existía, ocultándonos (y ocultándose) así los procesos graduales y prolongados en que se fraguan las grandes instituciones que regulan la vida de los pueblos. Ciertamente, el calendario romano estuvo siempre estrechamente vinculado a la religión y su organización, antes de Julio Cesar, es otra de las herencias etruscas. Pero ellos atribuían a Rómulo un calendario (lunar, como el latino), de 10 meses (Marzo-Diciembre) y de aproximadamente 304 días. Una primera reforma se atribuyó al rey Numa (y por algunos a Tarquinio el Viejo) y consistiría en elevar a 12 el número de meses, aunque el total de días sería de 355. Las soluciones para armonizar estos años lunares con el año astral y solar fueron diversas pero nunca plenamente eficaces hasta que Julio Cesar llevó a cabo su conocida reforma, consolidada poco después por Augusto, en recuerdo de los cuales los meses 'quinto' y 'sexto' fueron denominados Julio y Agosto. Para este tema cf. el reciente estudio de M. A. Marcos que sirve de introducción a su edición de los *Fastos* de Ovidio, Madrid 1984 y en donde se encuentra la principal bibliografía al respecto. En los libros V y VI de esta obra analiza Ovidio los

[*Monarquía*]

Tras la muerte de Rómulo reinaron en Roma reyes poderosos durante unos doscientos diez años, hasta la construcción del Segundo Templo en la época de Artajerjes rey de Persia⁴.

[*Tarquino*]

Hubo entonces en Roma un rey llamado Tarquino. Puso un pesado yugo sobre todos los habitantes de Roma, quines llegaron a aborrecerle, tramaron intrigas en su contra, se conciliaron y lograron derrocarlo.

Lo expulsaron del país, pero no les fue suficiente haberlo hecho marchar, sino que todos ellos se prestaron juramento,

meses de Mayo y Junio y muestra su perplejidad sobre las muy diversas etimologías que se daban de estos nombres, entre las que cita las indicadas por Ibn Daud, si bien no sabe pronunciarse por la más correcta «del mismo modo que un viajero se detiene indeciso y no sabe qué rumbo tomar cuando ve que el camino se divide en varias direcciones...» (V, 1ss.). En concreto apunta para *maius* las etimologías de *maiestas* (V, 11-54); *maior* (V, 55-78); *Maia* (V, 79-106); mientras que *iunius* lo hace derivar de *luno* (VI, 65-88); *iuniores* (VI, 89-96) y/o *iungere* (VI, 97-100). Sobre el calendario de Rómulo y Numa, cf. en esta misma obra el Libro I, 27 ss. y J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo Occidental hasta las guerras púnicas*, Barcelona 1971, pp. 133 ss.

4 La fecha fundacional de la monarquía romana y su caída final así como el período de tiempo que estuvo en vigor, es un punto donde las discrepancias son irreconciliables ya desde los primeros escritos de la analística romana. Por ej. Fabio Pictor apuntó la fecha fundacional del 748/7 y una duración de 245 años (o sea 7 generaciones de 35 años); Varrón señaló a su vez los años 754/53-509 (los más aceptados); el epitomador Floro creta en tiempos de Adriano, que la Monarquía equivalía a la infancia de Roma y calculó su duración en 250 años, mientras que Orosio, *Hist.* II, 13, afirmaba que «durante 243 años sufrieron los romanos bajo la tiranía de los reyes...». Por el contrario, Ibn Daud sigue otros escritos judíos y al *Yosippon* al estimar que Roma tuvo (como Persia) dos períodos monárquicos que coincidieron con los períodos de esplendor: cf. R. Rieger, «The Foundation of Rome in the Talmud», *JQR*, n.s. 16, 1925/6, 227 ss.; G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 225-6, nota 13. Interesa resaltar como hace coincidir el nacimiento de Roma con la caída de Samaria (2Re 18, 9-10), es decir con la caída de Israel. Ibn Daud se sirve de dataciones simbólicas que sincronizan la historia de Roma y de Israel: aquella, su gran enemigo, nace coincidiendo con el derrumbamiento de éste, peor su esplendor sólo durará 210 años, o sea, hasta la construcción del Segundo Templo, 210 es una cifra totalmente simbólica, analizada en detalle por G. D. Cohen, *o.c.*, p. 227, nota 20 y pp. 188ss. Similar utilización de los años y de las sincronías había ya hecho nuestro Orosio, si bien en relación con otros imperios: «Babilonia fue destruida por Ciró en la misma época en que Roma fue liberada por primera vez de la tiranía de los reyes Tarquinos. Consiguientemente, en una idéntica coincidencia temporal, cayó Babilonia y resucitó Roma...», cf. *Hist.* II, 2, 9. Naturalmente estos cálculos le sirven a Ibn Daud para elaborar su concepción apocalíptica y mesiánica de la historia universal, y sobre todo de su pueblo, según vimos en la introducción. También Agustín, cf. *La Ciudad de Dios*, XVIII, 21 y 22, sincronizada el nacimiento de Roma con la caída de Asiria.

convinieron y llegaron al acuerdo, para ellos y para sus descendientes, de que jamás reinaría en Roma ningún rey, sino que tendrían trescientos veinte consejeros y que por encima de todos ellos gobernaría un anciano⁵.

[*República*]

Eligieron a un anciano cuyo nombre era Bruto⁶. A los trescientos veinte consejeros se les llama «*conseilleros*» en su idioma⁷.

Este tal Bruto juzgó con equidad; el Anciano y los consejeros enviaban jefes, que les estaban subordinados, a luchar contra todos los pueblos que habitaban en su entorno. Al morir el Anciano, ellos nombraban, para que le sucediera, al mayor⁸ de los consejeros.

[*Imperio*] [*Julio César*]

Así hicieron durante ciento setenta años⁹, hasta que nació Julio, al que se le dio el nombre de «César» debido a que su

5 La hostilidad hacia el régimen monárquico y el carácter tiránico de Tarquinio también aparece en Osorio, cf. *supra*, nota 4. Ambos coinciden, pues, en que el final fue resultado de la insurrección popular, si bien Osorio resalta que tras la Monarquía «los romanos crearon los cónsules», mientras que Ibn Daud parece atenerse a lo escrito en 1Mac 8, 15-16 sobre los romanos: «Han formado un Senado, y diariamente deliberan 320 senadores, buscando siempre el bien público. Confían cada año el poder y el gobierno del país a un solo hombre; todos le obedecen, sin envidia ni rivalidades»; y sobre todo al *Yosippon*, I, p. 19: «los romanos se prestaron juramento aquel día de que no reinaría en Roma sobre ellos ningún rey, sino que elegirían entre los ancianos de Roma a un anciano y con él a 320 consejeros...».

6 Posiblemente haya que identificar a este personaje con el legendario L. Junio Bruto, a quien la tradición literaria romana atribuye el derrocamiento de la tiranía monárquica y la implantación de la libertad republicana, ostentando el primer consulado del nuevo régimen en el 509. Las mismas fuentes consideran que venció a los etruscos en Silva Arsia, donde encontraría la muerte. Hay que señalar que la lectura que se encuentra en los manuscritos y en las ediciones parece corrompida. En el ms. de Parma fol. 14b, lo mismo que en las diferentes ediciones parece leerse 'brwnyś'.

7 En castellano con letras hebreas en el original. Con los «consejeros» se alude evidentemente al Senado, integrado inicialmente por los *patres seniores* o ancianos representantes de organismos tribales que ya en tiempos de la Monarquía bien pudieron actuar como consejeros reales con poder incluso para elegir a los reyes. Según la tradición, el Senado de Rómulo constaba de 100 miembros, Tarquinio el Viejo elevó en otros 100 su número, y al finalizar la Monarquía ya se habría alcanzado la cifra ternaria de 300 (había 3 tribus y 30 curias). También en esto Ibn Daud sigue textos judíos.

8 Parece querer decir 'mayor en prestigio', no solamente en años.

9 Nuevamente Ibn Daud recurre a dataciones meramente simbólicas, incluso a sabiendas (como sería este caso, a tenor de las fechas dadas por la mayoría de los analistas o de Osorio) de que con ello forzaba brutalmente la realidad histórica perfectamente documentada. Cf. la bibliografía dada en la Introducción. Como ya hemos

madre tuvo que ser destripada¹⁰. El Anciano lo envió a guerrear y él salió victorioso en todo lo que hizo. Al regresar a Roma con gran poder, el Anciano y los consejeros sintieron temor de él y tomaron la decisión de que César no entrara en Roma. Permaneció fuera de la ciudad, actuó conforme a todo aquello que el Anciano le ordenó y fue a todos los lugares a donde lo enviaron, pero cuando Julio volvió y no le dejaron entrar en Roma entabló batalla en contra de la ciudad hasta que la conquistó, hirió al Anciano y a sus consejeros y los mató junto con todas las personas más relevantes de la ciudad y a sus notables.

Reinó con mano fuerte, guerreó contra Pompeyo el jefe que había enviado el Anciano a Occidente, quien al oír que Julio había dado muerte al Anciano fue a su encuentro con un ejército y con la caballería, pero Julio le hirió y le dio muerte¹¹. A partir de entonces Julio tuvo sometido el reino.

Después de esto conspiró contra él Casio, su jefe¹², mientras él estaba posternado en el templo de su ídolo¹³.

indicado, en el *SHQ* se hace coincidir el inicio del 2.º período monárquico con el reinado de Janeo, cf. IV, 82 ss. (trad. ingl. IV, 110 ss.), mientras que en su *MBŠ* lo fecha bajo los reinados de Aristóbulo e Hircano II. Esta segunda monarquía romana no solamente correrá paralela a un período oscuro de Israel, sino que conocerá además el nacimiento de Jesús de Nazaret: tres hechos que para Ibn Daud están mutuamente condicionados. Cf. el amplio análisis de G. D. Cohen, *o.c.*, p. 229.

10 La misma etimología se da en el Ps-Orosio, cf. G. Levi della Vida, *o.c.*, p. 279, nota 1, y en las *Et.* IX, 3, 12 de Isidoro: «El nombre de los *césares* tuvo su origen en Julio, quien, después de desencadenar una guerra civil, fue el primero de los romanos que detentó el principado personal. Su nombre de 'César' se debe a que nació o fue sacado a la vida abierto el vientre de su madre muerta; o tal vez porque nació con abundante cabellera. De ahí que los emperadores que le sucedieron portasen el título de *césares*, precisamente porque se dejaban crecer el cabello. Por otro lado, los que eran extraídos del seno abierto de su madre recibían el nombre de *caesones* o *caesares*». Ibn Daud repite esta anécdota (sin infravalorar el significado de las etimologías para el hombre medieval) en su *SHQ*, IV, 83-4 (trad. ingl. IV, 111-2). Cf. tb. *MBŠ*, ed. de Mantua, fol. 59 a y *Yosippon*, p. 143.

11 La represión que acompaña a la toma del poder por César coincide, pues, con la realizada por Janeo contra los sabios de Israel. La historia real de Roma en estas fechas fue tan compleja y sangrienta que Ibn Daud no debió tener problemas para confeccionar este paralelismo en su breve Crónica.

12 Para G. Levi della Vida, *o.c.*, p. 290, este pasaje parece probar que Ibn Daud está más próximo del Orosio auténtico que de la versión árabe, pues se responsabiliza del asesinato del César a Casio, pero no a Bruto que sí es citado junto a éste en *Hist.*, VI, 17, 1. En cambio la versión árabe sólo alude genéricamente a dirigentes y nobles romanos; Orosio habla también de la complicidad de una «mayoría del senado». El *Yosippon*, I, pp. 167 ss., texto que sigue Ibn Daud fielmente, también cita a Casio y Bruto.

13 La misma expresión se utiliza en 2Re 19, 37; Ibn Daud establece así una analogía entre la muerte de Senaquerib, rey de Asiria, muerto por sus hijos mientras estaba posternado en el templo de Nisrok y el asesinato de Julio Cesar.

[Augusto]

Se dirigió a Roma para vengarse Octavio Augusto¹⁴, sobrino de Julio¹⁵, pero Casio huyó de su presencia.

Reinó Augusto, sobrino de Julio, cincuenta y seis años y murió.

Según los nombres de Julio y Augusto añadieron los romanos al año solar el mes de Julio y el mes de Agosto y así el año tuvo doce meses¹⁶.

[Tiberio]

Después de él reinó Tiberio durante veintitrés años. Fue un rey honesto¹⁷. Murió.

[Cayo]

Le sucedió Cayo¹⁸, reinó cuatro años y murió.

14 Sorprende el escueto comentario que Ibn Daud dedica a Augusto en esta Crónica de Roma, en comparación con la amplia atención que le concede el Ps. Orosio, quien alude no solamente a las circunstancias de su llegada al poder sino también a su política interna e impositiva (estableció un tributo en bronce a todo el mundo), a los conflictos e conquistas exteriores (en Oriente y Occidente) así como al nacimiento bajo su reinado de Cristo y los prodigios que preludieron y acompañaron una importante acontecimiento. Todo ellos tuvo naturalmente amplio eco en la literatura cristiana, y sobre todo en Orosio y Jerónimo, cf. Levi della Vida, *o.c.*, pp. 271-3 y 289 y el propio Ibn Daud se muestra más explícito en su *SHQ* IV, 89 ss. (trad. ingl. IV, 120 ss.), como ya recogíamos en la Introducción, al igual que acaece con el *Yosippon*, I, pp. 179 ss.

15 Como es sabido Cayo Octavio, el padre del emperador Augusto, se casó en segundas nupcias con Atía, sobrina por parte de madre de Cayo Julio César. O sea, la abuela materna de Augusto, Julia, era hermana de César, de manera que el vínculo familiar de éste con Augusto era de «sobrino nieto». La confusión de Ibn Daud, según apunta G. D. Cohen, *o.c.*, p. 38, nota 120, derivaría de las fuentes árabes, donde se llama a Julio César 'ammuhu (tío paerno); este término, sin embargo, designa también a veces al padrastro.

16 Ibn Daud vuelve a interesarse prioritariamente por la cronología y las etimologías de las palabras y los nombres, cf. Introducción. Sin embargo en el *SHQ*, IV, 95 (trad. ingl. IV, 128) atribuye a Augusto 52 años de reinado, —hay que tener en cuenta que 52 es un número simbólico; cf. p. ej.: 2Re 15, 2: «y reinó en Jerusalén 52 años»; 2Re 15, 27: «el año 52 de Azarías»... etc.—; las crónicas medievales señalan un período de 56 años. Cf. G. D. Cohen, *o.c.*, p. 39.

17 Al calificar de «honesto» a Tiberio, Ibn Daud contradice radicalmente el juicio del *Yosippon*, I, pp. 267 ss. donde a este emperador se le considera malvado y sanguinario. Se trata de uno de los puntos en que Ibn Daud intenta conjugar, en su concepción histórica, dos hechos a veces antagónicos: la defensa de la tradición rabínica y la apología de Roma.

18 Cayo César Germánico, llamado Calígula, diminutivo de 'caliga' = sandalia militar. (Suet. *Cal.* 9).

[Claudio]

Después de él reinó Claudio durante cuatro¹⁹ años y murió.

En los días de este Claudio surgió del mar un banco de arena y quedó al descubierto una isla cuya longitud era de doce millas lo que no había ocurrido anteriormente a no ser con las islas griegas²⁰.

[Nerón]

Después de él reinó Nerón por espacio de catorce años y murió.

[Galba]

Le sucedió Galba a quien los romanos llamaban Qaliqa²¹ César, reinó un año. Los romanos lo hirieron y le dieron muerte²².

[Vespasiano]

Después de él reinó el César Vespasiano a lo largo de diez años. En sus días fue destruido el Templo por medio de su hijastro Tito²³.

19 Probable error en las ediciones y ms. que tienen 4 en lugar de 14.

20 Ibn Daud silencia los aspectos antijudíos de la política de Claudio, y sólo retiene uno de los múltiples prodigios y milagros que se atribuyen a su reinado. Orosio, *Hist.*, II, 6, 13 también escribió que «en el año quinto de su reinado apareció de repente, desde las profundidades del mar, entre Tera y Terasia, una isla de una extensión e treinta estadios», acontecimiento que tuvo lugar en el año 46 y que también es citado en otras fuentes. También el *Yosippon*, I, p. 274, en contraste con sus juicios sobre Calígula, da una opinión favorable de este emperador, que «honró a Agripa, rey de Judá».

21 Ignoramos este epíteto atribuido a Galba: *caīga* es un tipo de sandalia romana, su villa se llamaba «de las Gallinas»..., pero tal vez Ibn Daud le esté aplicando erróneamente el calificativo de «calígula».

22 Las referencias a Nerón y Galba, como antes en el caso de Casio, parecen nuevamente indicar una mayor dependencia del Orosio auténtico que de la versión árabe, pues ésta no cita a Galba en la serie de emperadores y considera por tanto que a Nerón le sucedió Vespasiano, cf. L. della Vida, *o.c.* p. 209. Por contra Ibn Daud, aunque de modo extremadamente breve, alude además a la situación de guerra civil que vivió Roma en aquellos años 68/69, cf. *Yosippon* I, p. 331.

23 Ibn Daud ubica históricamente la destrucción del Templo, el acontecimiento más decisivo de la Historia de Israel, al margen de cualquier circunstancia profana y,

[Tito]

Murió Vespasiano y Tito reinó en su lugar. Fue un gran sabio en la ciencia de la lógica²⁴, lengua griega y latín. Fue un juez honesto y muy a pesar suyo destruyó el Templo a causa de los sediciosos de Israel como se menciona en el *Yosippon*²⁵. Redactó muchos libros sobre la ciencia de las lenguas griega y latina y sobre otras ciencias. Reinó dos años y murió²⁶.

[Domiciano]

Reinó después de él Domiciano por espacio de quince años. Conspiraron en su contra, lo derrotaron, le dieron muerte y echaron su cadáver a los perros²⁷.

desde luego, sin conexión con la muerte de Jesús, al que todavía no se ha mencionado. Por otra parte, a Tito se le considera hijo de Vespasiano en el *SHQ*, II, 106 ss. (trad. ingl., II, 162): «al estar asediando Jerusalén murió Nerón, emperador de Roma, y los consejeros de Roma (i.e. el Senado romano) decidieron que reinara Vespasiano; éste partió para Roma, dejando a su hijo Tito en el sitio de Jerusalén, con el encargo de honrar mucho a R. Yoḥanan ben Zakkai. Tito destruyó el Templo en el año 3829 y mató a R. Yišma'el ben 'Eliša', Sumo Sacerdote, y a R. Šim'on ben Gamli'el el Viejo, que era el Naj. Tito quiso matar también a su hijo R. Gamli'el, mas intercedió por él R. Yoḥanan ben Zakkai y fue perdonado». Según D. Lieberman, *Greek in Jewish Palestine*, New York 1947, p. 164 y G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 111-2; 160-1 nota 11, Ibn Daud no es el autor del epíteto «hijastro», sino que lo tomó de una fuente que malinterpretó una típica disputa rabínica.

24 No es seguro que se trate de la ciencia de la lógica. En el texto aparece en caracteres hebreos la lectura 'al-miṭq' (en caracteres hebreos manuscritos esas consonantes son fácilmente confundibles), lo que significaría «lógica». (Suet. *Tit.*, 3).

25 I, pp. 370 ss.

26 Como hará con otros personajes, Ibn Daud alaba a Tito como gobernante y como hombre, exonerándole totalmente de responsabilidad en la destrucción del Templo. En la Introducción ya hemos señalado las motivaciones «contemporáneas» que pudieron llevar a Ibn Daud a adoptar esta interpretación, incluso en contra de la tradición histórica judía y rabínica. Nótese que de manera excepcional, Ibn Daud hace aquí referencia a una de sus más importantes fuentes de información, el *Yosippon*. Los conocimientos literarios de Tito y su amor a la cultura son frecuentemente resaltados en la historiografía clásica. Cf. Pl. *N.H.*, *praef.* 5; Suet. *Tit.*, 3, 2; Aurel. Vict. *Caes.*, 10; Eutr., 7, 21, 3.

27 En el *SHQ*, III, 28-37 (trad. ing., III, 40 ss.) se hace coincidir el reinado de Domiciano con los inicios de la revuelta de Koziba', quizás porque aquél era el emperador número diez, o sea el último de los cuernos del sueño de Daniel, cf. Introducción. En el *SHQ*, III, 28-37 se dice: «En sus días surgió un hombre cuyo nombre era Kosia' que afirmaba ser el mesías, hijo de David. Se rebeló contra el emperador de Roma Domiciano y mató al lugarteniente que éste tenía en Israel. Domiciano, el emperador de Roma, todavía era joven y no le opuso resistencia. Reinó, pues este tal Kozia' en Betar el año 52 después de la destrucción del Templo. Murió durante su reinado. Reinó después su hijo que se llamaba Rufo, lo que significa 'pelirrojo'. Murió también él y reinó su hijo llamado Rómuo. Se había vuelto de sus lugares de origen. Pero en la

[*Nerva*]

Le sucedió Nerva²⁸; reinó un año y murió.

[*Adriano - Trajano*]

Ocupó su lugar el César Adriano, quien reinó durante diecinueve años²⁹.

En días de Domiciano surgió Koziba', su hijo y su nieto. Entablaron grandes batallas con todos los gentiles; tuvieron éxito contra el país de Egipto, pero Adriano se armó y subió contra Judá. Venció a Ben-Koziba', lo mató y exterminó a una gran parte del pueblo que Israel³⁰, para quienes ni en la época de Nabucodonosor ni en la Tito se había producido una desgracia tan grande como la que tuvo lugar en tiempos del César Adriano³¹.

Durante el reinado de Adriano ocurrieron prodigios en el mundo: Se hundió la tierra en Asia; cuatro importantes ciudades y todos sus habitantes descendieron al šē'ol y desaparecieron del mundo. Lo mismo ocurrió en Grecia con dos grandes ciudades y sus habitantes. También tembló el país de Galizia y

época de Rómulo, el hijo de Rufo, hijo de Koziba' se afianzó Adriano en su poder y subió a tierras de Israel. Conquistó Betar el 9 de Ab del año 73 de la destrucción del Templo. Mató a Rómulo y asentó a Israel un duro golpe como no se había visto ni oído en tiempos de Nabucodonosor ni Tito». Cf. tb. el comentario en G. D. Cohen en las pp. 241ss. En esta ocasión, en cambio, Ibn Daud se muestra más interesado por las circunstancias trágicas en que encontró la muerte Domiciano, auténtica bestia negra para la historiografía cristiana. Cf. p. ej. Orosio, *Hist.*, VII, 10, quien también señala su política antijudía.

28 El texto de los manuscritos parece corrompido ya que su lectura es 'nwfh', creemos que la lección correcta debía ser 'nrhf', el empleo de la 'f' con el valor de la labiodental 'v' es frecuente en estos mss., cf. p. ej.: Vespasiano, Severo etc. Se refiere sin lugar a dudas a Nerva (96-98 d.C.).

29 Las confusiones de nombres son muy frecuentes en los escritores medievales, cf. B. Guenée, *o.c.*, p. 161; en este caso, Ibn Daud debería realmente referirse a Trajano, que vino a reinar, como él indica unos 19 años.

30 La crónica del s. XVI de Yosef ha-Kohen nos amplía este relato, pero mantiene los mismos datos. Cf. *'Emeq ha-Bakha (El Valle del Llanto*. Trad. anotada, Pilar León Tello. Madrid-Barcelona 1974, n. 3 y 5, pp. 50-51 y 52).

31 Como ya se ha señalado, la revuelta de Koziba' es sin duda el hecho más ejemplar para los judíos, según la concepción de Ibn Daud, y de ahí su detención en el mismo, tanto aquí como en el *SHQ* llegando incluso a falsear la cronología de forma deliberada para que los acontecimientos encajaran y probaran el carácter sagrado y mesiánico de la historia universal, o, mejor, que un falso entendimiento de ésta sólo podía conducir a desórdenes como los provocados por Koziba' y sus seguidores. Los triunfos rebeldes en Egipto son históricos, pero... en tiempos de Trajano, cf. E. Schüller, *o.c.*, I, pp. 674 ss.

tres de sus ciudades con todos sus habitantes descendieron al šě'ol. Cayó del cielo fuego de 'Elohim sobre la ciudad que se llamaba Bononia y fue pasto de las llamas, ella y todos sus habitantes, como Sodoma y Gomorra. Todos los pobladores de la tierra se quedaron horrorizados, preocupados y estupefactos de que el Señor quisiera trastocar el mundo³².

[*Bibiano?*]

Murió Adriano y después de él reinó Bibiano?³³ durante un corto espacio de tiempo.

[*Otro Adriano - Adriano*]

Le sucedió en el trono otro Adriano³⁴, que también subió a tierras de Israel, asestó un duro golpe a los judíos que allí quedaban. Reinó durante veintiún años y murió.

32 Los prodigios y fenómenos extraordinarios de consecuencias calamitosas son un tópico banal de la literatura escatológica en general y más particularmente del género histórico. En este caso Orosio, *Hist. Hist.*, VII, 12 también cita algunos de estos portentos: incendios, rayos, terremotos... Sin embargo, ninguna de las ciudades que este autor menciona guarda la menor semejanza lingüística con la de Bononia a la que parece aludir Ibn Daud.

33 Nombre corrompido en los mss. y ediciones que tienen 'bwb'nws', cf. p. ej.: ms. de Parma fol. 15 a, línea 20. Con el nombre de Bibianus o Vibianus se documentan diversos personajes de la Historia romana, cf. *RE*, VII A2, col. 1944, pero ninguno alcanzó el poder imperial. Muy probablemente ésta sea otra confusión de Ibn Daud, quien por lo demás establece la serie de emperadores simplificada en *SHQ*, III, 56 ss. (trad. ingl., III, 82 ss.): «murió Adriano y fue emperador de Roma Antonino, hijo de Severo. Amó a nuestro Santo Maestro como a sí mismo, habiéndose llegado a afirmar que se había convertido en secreto. Todo el tiempo de nuestro Santo Maestro fue próspero para Israel; tuvo una vida larga, pues mientras vivía murió Antonino y reinó Antipas; al morir Antipas entró a rinar Cómodo. Todos ellos honraron y ensalzaron siempre a nuestro Santo Maestro». Aunque el sucesor de Adriano fue en realidad Antonino Pío, es menos probable que Ibn Daud confundiera uno de los cognomina de éste, en concreto Boionius, pues antes de su adopción se llamaba T. Aurelius Fulvius Boinius Arrius Antoninus, y tras la adopción T. Aurelius Caesar Antoninus.

34 En realidad éste es el auténtico Adriano, que reinó efectivamente 21 años (117-138) y del que escribió Orosio, *Hist.*, VII, 13, 3: «a los judíos, que enloquecían por culpa de la inquietud a que les sometían sus propios crímenes, y que asolaban a la en otro tiempo su provincia, Palestina, los sometió en el que sería ya el último golpe contra ellos; y de esta forma vengó a los cristianos, a los cuales los judíos, mandados por Coquebe, atormentaban porque no les ayudaban en su lucha contra los romanos; y ordenó que, una vez dejada la ciudad de Jerusalén sólo para los cristianos, no se permitiese la entrada en ella a ningún judío. Restauró incluso él mismo los muros de esta ciudad, dejándolos en un estado inmejorable y ordenó que fuera llamada Elia a partir de su prenomén». Un estado de la cuestión sobre todo lo referente a esta última gran revuelta judía bajo Trajano y Adriano puede verse en E. Schürer, *o.c.*, I, pp. 674 ss.

[Antonino Pío]

Se apiadó y se compadeció entonces el Señor de Israel y reinó Antonino, hijo de Severo. Honró a nuestro Santo Maestro³⁵ y dejó descansar a Israel³⁶. Fue un rey justo. Su reinado duró quince años. Durante el tiempo en el que reinó la mitad de su pueblo murió de una enfermedad llamada *al-fāliḡ*³⁷. Sus súbditos se la contagiaron; lo recostaron sobre el lecho de dolor pero no logró restablecerse y murió.

[Antonino el Joven]

Después de él reinó Antonino el Joven durante dieciocho años y murió³⁸.

[Cómodo]

Reinó después de él Cómodo. Cometió más abominaciones que todos los que le habían precedido. Al ocupar el trono de su Imperio exterminó a toda la casa de Antonino y de Antipas sin dejar a nadie con vida y también a todos sus parientes y amigos, a excepción de nuestro Santo Maestro quien, debido a su grandeza, no fue nunca hecho prisionero³⁹.

35 Se refiere a R. Yēhudah ha-Naśi.

36 Cf. *supra*, nota 32. Ibn Daud muestra aquí abiertamente su idea de que el Dios de Israel rige la historia de los pueblos, y en concreto la de Roma, permitiendo la llegada al poder de un emperador (que excepcionalmente no tiene una relación filial con el anterior) favorable al pueblo judío. Estas buenas relaciones se documentan también en otros textos, cf. G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 174-5. Ni el nomen Severus ni los quince años que Ibn Daud atribuye a su reinado se corresponden con la realidad histórica. Ciertamente Antonino Pío llevó a cabo una política tolerante con los judíos, a los que, entre otras cosas, permitió nuevamente poder circuncidar a sus hijos; cf. E. Schürer, *o.c.*, I, p. 707. Por ello, no faltan textos hebreos que consideran la muerte de este emperador como el fin real de la denominación universal romana.

37 Parece referirse a la plaga o peste que tuvo lugar durante el reinado de Marco Aurelio. Cf. nota 37. Es un arabismo introducido en el texto hebreo que significa 'parálisis facia, apoplegía'; la dificultad estriba en que esas enfermedades no son contagiosas. Tal vez pudiera tratarse de los síntomas de una determinada dolencia a que se diera ese nombre. Según la *Historia Augusta*, murió de indigestión a los 70 años, y a los 75 según Aurelio Victor, *Caes.* 16, 3.

38 El Antipas del *SHQ*, cf. nota 32, que aquí se identifica con Antonino el Joven, puede ser tanto una abreviatura de Antoninus Pius como de Antoninus Verus. Ibn Daud probablemente se refiera (dado que le atribuye 18 años de reinado y le da por sucesor a Cómodo) al emperador Marco Aurelio, que se llamaba M. Annius Catilius Severus; tras su adopción tomó el nombre de M. Aelius Aurelius Verus Caesar, y reinó como Imp. Caesar M. Aurelius Antoninus Augustus durante los años 161-180. Orosio, *Hist.*, VII, 15, 4 sitúa bajo este emperador la gran epidemia y peste que asoló el Imperio e Italia, y que Ibn Daud sitúa en el reinado anterior.

39 En realidad los judíos ya no constituyen peligro alguno para Roma y ellos mismos llevarán a cabo, tras su tremenda derrota, un profundo replanteamiento de su

En los tiempos de Cómodo cayó fuego de los cielos sobre un gran edificio que había en Roma que entonces se llamaba Dom[us]ca[pi]tolino y que hoy se le conoce como Capitolio. Era la «Casa del Consejo», pues esto es lo que quiere decir Capitolio⁴⁰. Hizo arder el santuario⁴¹; personificó a la gran estatua hecha en nombre de la constelación Aries. El rey Cómodo se posternaba en el templo de su ídolo⁴²; él y sus siervos fueron unos incendiarios que hicieron arder las bibliotecas que había en Roma y que contenían insondables e innumerables obras de ciencia; Galeno, el médico, lo menciona en su libro ya que sucedió en su tiempo⁴³.

[*Albano - Helvio?*]

Después de él reinó Albano⁴⁴. El período en el que reinó fue de un año, pues era anciano y no tardaron en conspirar sus súbditos en contra suya, lo hirieron y le dieron muerte.

[*Septimio Severo*]

Le sucedió el César Severo. Reinó dieciocho años. Entabló grandes batallas y murió⁴⁵.

organización, de sus creencias y de sus actitudes, siendo de destacar, junto a la pérdida de referencias político-religiosas claves (Templo, Jerusalén...) una profunda desconfianza hacia el mesianismo y el proselitismo. Según Ps. Orosio, en el año 11 de Cómodo se inicia la segunda monarquía persa (Ardasir), lo que constituye otro de los frecuentes anacronismos de la historiografía medieval; cf. L. Della Vida, *o.c.*, p. 386.

40 Según Isidoro, *Et.*, XV, 2, 3: «El Capitolio de Roma recibe esta denominación porque fue la cabeza (caput) suprema de la ciudad romana y de la religión. Otros dicen que, al abrir Tarquinio Prisco los cimientos del Capitolio de Roma, encontró en ellos la cabeza de un hombre con una inscripción con letras etruscas, y que por ello se llamó Capitolio».

41 Según Orosio, *Hist.*, VII, 16, 3: «en el capitolio cayó un rayo, a causa del cual se produjo un incendio que quemó en rápido movimiento aquella famosa biblioteca construida con el cuidado y el interés de los antepasados, y otros edificios que estaban cerca. Posteriormente, otro incendio que a continuación se produjo en Roma arrasó el templo de Vesta, el Palacio del César y gran parte de la ciudad».

42 De la misma forma que el rey de Asiria, cf. 2Re 19, 37. Cf. también *supra*, nota 13.

43 Sobre el interés que los judíos medievales sintieron hacia la figura de Galeno, cf. G. D. Cohen, *o.c.*, p. XXIII y p. 30, nota 99.

44 En realidad, tras Cómodo accedió al poder P. Helvius Pertinax, que sólo reinaría los primeros 87 días del año 193. Orosio, cf. *Hist.*, VII, 16, 6, también prolonga su reinado, atribuyéndole seis meses.

45 Como es sabido, la llegada al poder de Septimio Severo se verificó tras varios años de guerras civiles, durante las cuales se proclamaron, efímeramente, a varios generales.

[*Antonino - Caracalla*]

Le sucedió el César Antonino. Reinó siete años y murió guerreando contra el rey de Persia⁴⁶.

[*Macrino*]

Le sucedió el César Macrino. Reinó un año. Sus siervos lo hirieron y lo mataron⁴⁷.

[*Orlios - Heliogabalo*]

Reinó después de él el César Orlios durante cuatro años. El ejército egipcio lo derrotó y lo mató⁴⁸.

[*Alejandro Severo*]

Después de él reinó el César Alejandro. Reinó durante treinta años hasta que el ejército romano lo derrocó y le dio muerte⁴⁹.

[*Maximino*]

Después de él hicieron reinar al César Maximino. Reinó tres años y le dieron muerte⁵⁰.

[*Gordiano III*]

Nombraron para sucederle al César Gordiano. Reinó siete años, lo derrocaron y lo mataron⁵¹.

46 El Emperador Caracalla (Septimius Bassianus) fue nombrado César el año 196, adoptando entonces el nuevo nombre de M. Aurelius Antoninus: es una de las múltiples medidas tomadas por Septimio Severo con el fin de mostrar su veneración hacia la dinastía de los Antoninos y fingir su vinculación a la misma. En todo caso, esto contribuyó a que bajo este nombre la historiografía medieval identificase varios emperadores; cf. B. Guenée, *o.c.*, p. 161. La Crónica de Ibn Daud alude muy probablemente a este emperador, pues aunque reinó hasta el 217, encontró la muerte en Oriente (en Carrahae), en el curso de una campaña contra los Partos.

47 Macrino es el primer miembro del orden ecuestre que llegó al trono imperial. Murió tras ser abandonado por sus soldados en la batalla de Antioquía.

48 El nombre de este emperador deriva de dios solar de Emesa, Elah-Gabal. Elevó a simples siervos a las máximas magistraturas, y fue asesinado en Roma, junto a su madre Soemia, por los pretorianos. Como señala Ibn Daud reinó 4 años.

49 Alejandro Severo reinó en realidad del año 222 al 235.

50 Ajeno a todo lo que hoy entendemos por «historia», es decir al estudio de causalidades, cambios estructurales y de mentalidades, etc., Ibn Daud ni siquiera alude al calamitoso período de anarquía militar que se inicia con este emperador-soldado, período neurálgico de la llamada «crisis del siglo III» y que de algún modo da paso a estructuras protofeudales en la organización socioeconómica y política.

51 Tampoco menciona Ibn Daud el conocido período de guerras civiles, en el que llegaron al poder supremo al menos cinco emperadores, y que culminaría con la entronización de Gordiano III (238-244).

[Filipo]

Después de él hicieron reinar al César Filipo. El tercer año de su reinado se cumplió el milenario de la construcción de la ciudad de Roma. Los romanos celebraron una gran fiesta y tuvieron un día festivo de gran alegría en el que alabaron a sus ídolos. Después de esto el ejército romano derrocó a Filipo⁵².

[Decio]

Después de él reinó el César Decio durante un año. Lo derrocaron y lo mataron⁵³.

[Galo]

El César Galo y el hijo del mencionado César Galo le sucedieron; reinaron por espacio de mucho tiempo. Durante sus reinados ocurrió en Roma un importante suceso y faltó poco para que fuera devastado el país y todo lo que contenía. Murió el rey y también el hijo que hemos mencionado⁵⁴.

[Quintilo]

Después de él reinó Quintilo⁵⁵ durante diecisiete años. Lo derrocaron y le dieron muerte⁵⁶.

52 En efecto, en los años 246/8 se cumplió el milenario de la fundación de Roma, celebrado oficialmente aún con más pompa que la señalada por Ibn Daud. Como es sabido el simbolismo de la fecha no puede ocultar la conflictiva situación que atravesaba el Imperio, frente al fortalecimiento de los enemigos bárbaros y persas.

53 En realidad Decio reinó desde finales del año 249 hasta junio del 251. Este ilirio decretó una persecución contra los cristianos a la que alude en términos genéricos Orosio, cf. *Hist.*, VII, 21, 2 y con más detenimiento el Ps. Orosio árabe, cf. L. Della Vida, *o.c.*, p. 277. Ibn Daud parece ignorar este tema. El nombre de Decio falta en los manuscritos y en la mayoría de las ediciones, parece ser una corrección de la edición de Praga del año 1795, cf. fol. 56 b.

54 Los numerosos y conflictivos acontecimientos político-militares que siguen a la muerte de Decio no están claros para Ibn Daud, quien sin embargo parece conocer, sin detalles y con confusiones, la gravedad de la situación. En efecto, a Decio sucedió Treboniano Galo (251-53) quien debió afrontar las pretensiones de varios usurpadores apoyados por el ejército. A la postre alcanzó el poder Valeriano, de 70 años, que de inmediato asoció al trono a su hijo Galieno; tal vez Ibn Daud se refiere a ellos cuando habla de sus largos reinados, pues Galieno estuvo en el poder hasta el año 268, mientras que su padre Valeriano cayó prisionero de los Persas en el año 260, acontecimiento sin precedentes en la historia de Roma, al que probablemente se refiere Ibn Daud cuando habla de «importante suceso...». Pero de la humillante cautividad de Valeriano y de su muerte no sabemos prácticamente nada.

55 Lectura corrompida en los manuscritos que tiene 'qwtyl'.

56 Ibn Daud no menciona a los emperadores posteriores: Claudio II (268-70), Aureliano (270-75), Tácito (275-6). Florianio (276) y Probo (276-82). Todos estos reinados

[Caro]

Le sucedió Caro y dos de sus hijos. Reinó dos años. Cayó sobre él fuego de los cielos y murió⁵⁷.

[Diocleciano]

Tras él reinó Diocleciano⁵⁸ por espacio de veinte años. Al llegar a la vejez se desinteresó del imperio que cayó en manos de dos de sus jefes. Finalmente murió Diocleciano⁵⁹.

[Constantino]

Le sucedió el César Constantino. El fue quien promulgó la Ley de los cristianos y reinstauró sus cultos y sus leyes trescientos años después de Jesús, según sus cálculos⁶⁰, pero, según los nuestros, después de más de cuatrocientos veinte años. Hemos escrito esto en esta Crónica de Roma para que se sepa. El salió de Roma y se la entregó a los sacerdotes de Edom⁶¹, quienes la tienen hasta el día de hoy. Construyó la ciudad de Constantinopla, que quiere decir Constantino Noble.

son reemplazados en su Crónica por el de Quintilio, al que atribuye 17 años de duración, cuando en realidad sólo estuvo en el poder tres meses del año 270. Evidentemente para este período Ibn Daud no sigue el relato Orosiano. Cabe la posibilidad de que esta omisión se deba únicamente a la defectuosa transmisión textual de esta crónica y sea simplemente fruto de un *homoioteleuton*.

57 Caro (283-4), sucesor de Probo, gobernó efectivamente junto con sus hijos Carino y Numeriano. Según Orosio *Hist.*, VIII, 24, 4: «murió junto al Tigris abatido por un rayo en el campamento». También la *Historia Augusta* recoge esta circunstancia de su muerte, cf. *Vit. Car.*, VIII.

58 El nombre de este emperador está corrompido en todas las ediciones y manuscritos. La lectura que parecen tener es: 'rsplšy'.

59 Ibn Daud se hace eco, siempre a su modo, del sistema tetrarquico instaurado por Diocleciano, según el cual tras 20 años de gobernar como Augustos en Oriente y Occidente respectivamente, las personas que ostentaban esta suprema magistratura debían abdicar en favor de sus césares. Como es sabido, el sistema fracasó, y las luchas por el poder culminaron con el triunfo de Constantino, que gobernó en solitario desde el año 324.

60 Es decir: según el cálculo de los cristianos.

61 Edom y sus descendientes se emplean en la Edad Media para designar a Roma y posteriormente a la Iglesia Católica en tanto que ésta es fruto de la promulgación de Constantino, continuadora del Imperio romano y puede identificarse con el cuarto reino mencionado en Da 7. Las restantes sectas de inspiración cristiana, y en especial el arrianismo, son contempladas por nuestro autor como totalmente ajenas a la religión de los Evangelios. La edición de Praga del año 1795 corrige esta lectura y dice: «la Ley de los cristianos».

En sus días vivió Arrio y redactó un libro que contiene refutaciones y pruebas en contra de su Ley⁶² pero Constantino no le hizo caso. Murió Constantino el año veintiuno de su reinado⁶³.

[*Constancio II*]

Reinó tras él su hijo el César Constancio. Escuchó a Arrio y se apartó de la Ley de Edom. Reinó treinta y cuatro años y murió⁶⁴.

[*Juliano*]

Reinó después de él el César Juliano. Volvió a rendir culto a los ídolos como era costumbre en los primeros tiempos, sin prestar atención a la Ley de Edom y murió⁶⁵.

[*Valente*]

Le sucedió el César Valente⁶⁶; reinó diez años y murió⁶⁷.

62 Se refiere a la Ley promulgada, según Ibn Daud, por Constantino y que no es otra que la Ley de los cristianos o el Evangelio.

63 Ya vimos en la Introducción las razones por las que Ibn Daud presta tan especial atención a Constantino, aunque evidentemente bastante menos que Orosio, el Ps. Orosio o Isidoro, cf. G. Levi della Vida, *o.c.*, p. 278. Su interés principal parece residir en señalar el desfase cronológico entre la vida de Jesús y la redacción de los Evangelios, «la Ley de los cristianos» en más de 400 años, cf. *SHQ*, II, 65 ss. (trad. ingl., II, 100 ss.) y G. D. Cohen, *o.c.*, p. 21, nota 100, y en mostrar a Arrio como una figura histórica que confirmaría estos presupuestos, por lo demás compartidos por otros estudiosos judíos como Mošeh ben Maimon, quien en su *Carta a los judíos del Yemen* dice lo siguiente: «Largo tiempo después de su muerte (i.e. de la de Jesús) surgió una religión relacionada con él entre los hijos de Esaú...», cf. trad. J. Targarona, *o.c.*, p. 151 y nota 96. Ya hemos señalado las contradicciones en que incurrió Ibn Daud al situar históricamente la figura de Jesús: en tiempos de Janeo, de Augusto o, como indica en su *MBŠ*, ed. de Mantua, 57 b, aprehendido en época de las conquistas de Pompeyo. Quizás Ibn Daud estuviese particularmente preocupado en arruinar con estas fechas los intentos de relacionar la crucifixión de Jesús con la inmediata destrucción del Templo, hecho que él estimará separados por 121 años (cf. *SHQ*, II, 75 s., 109 s.; trad. ingl., II, 113, 164), ya que los sitúa en los años 3708 y 3729 respectivamente. No debe pasar desapercibido que sea precisamente al referirse a estas cuestiones cuando Ibn Daud sentencia con toda ingenuidad: «hemos escrito esto en la Crónica de Roma para que se sepa». Por otra parte, como es en él y en los cronistas medievales habitual, la indagación etimológica satisface cualquier prurito de conocimiento del pasado y de la realidad presente: este es el caso de la fundación de Constantinopla.

64 Constancio II (338-61) apoyó, en efecto, las doctrinas de Arrio y se enfrentó a Atanasio, en un clima de guerra civil que ya por entonces se enmascaba bajo disputas teológicas.

65 Ibn Daud pretende presentar a Juliano, al igual que Arrio y Constancio, como pruebas de autoridad en lo referente a la validez de los Evangelios como doctrina fiable de Jesús, cf. G. D. Cohen, *o.c.*, p. XXXIII.

66 El nombre de este emperador se ha corrompido en: 'blšynṭ'.

67 Poco después de la muerte de Juliano, el Imperio se divide entre los hermanos Valentiniano I (364-75) y Valente (364-78), que regirán respectivamente Occidente y Oriente.

[Graciano]

Tras él, el César Gracián reinó siete años y murió.

[Teodosio I]

Reinó después de él el César Teodosio⁶⁸ durante once años. Volvió a retomar la Ley de Edom y murió⁶⁹.

[Honorio]

Le sucedió el César Andrés, reinó seis años y murió⁷⁰.

Durante su reinado entraron los Bene 'Uš⁷¹ y se esparcieron por Sēfarad tres grupos, que fueron los Vándados, al-Anos y al-Suevos. A causa del nombre de «vándalos» Sēfarad se llamó Andalus⁷². Tomaron todo el país de Sēfarad de manos de un

68 'Todoš' en los manuscrito y ediciones; se refiere sin duda ninguna a Teodosio I.

69 Orosio, *Hist.*, VII, 32, atribuye a Valentiniano la decisión de «restaurar» la religión cristiana ortodoxa, mientras que Valente profesó el arrianismo, pero se complace igualmente en subrayar que Teodosio restauró el Estado «por la misericordia de Dios y poniendo toda su confianza en la ayuda de Cristo», cf. VII, 35, 5. Reinó del 379 al 395.

70 Tras Teodosio, la parte Oriental del Imperio será regida por Arcadio (395-408) y la Occidental por su hermano Honorio (395-423); es posible que con el nombre de «Andrés» (la lectura es 'ndrš, en todas las ediciones impresas y 'ndyrs en el manuscrito de 1409 De Rossi de la Biblioteca Palatina de Parma, fol. 15 b, por lo que parece tratarse de una lectura corrompida) Ibn Daud aluda a éste último, aunque dado el corto número de años que le atribuye así como la debilidad y anarquía militar imperante a lo largo de su dilatado reinado, cabe también la posibilidad de que esté aludiendo a cualquiera de los muchos usurpadores que se sucedieron entonces. Una vez más la ambigüedad y corrupción del texto nos impide toda precisión.

71 Se refiere a los Godos. En Gé 10, 23 'Us's es mencionado como uno de los cuatro hijos de 'Āram, nieto de Sem y en 1Cr 1, 17 se le relaciona también con este personaje (Un homónimo suyo aparece en el texto bíblico como sobrino de Abraham, cf. Gé 22, 21). 'U's es también el país de donde era originario Job (cf. Job 1, 1). En Gé 36, 28 y 1 Cr. 1, 42, otro personaje de este mismo nombre es nieto de Še'ir, personaje relacionado con Edom y cuyo nombre sirve también durante la Edad Media para designar a los cristianos. Creemos que Ibn Daud atribuye a los descendientes de este último personaje la invasión de España.

72 Mošeh ibn 'Ezra' (1055-1135) en su *Poética hebrea* no coincide totalmente con esta interpretación; al explicar el texto de Ab 20, dice: «Nuestra nación ha recibido la tradición de que Šarfat era Francia y Sēfarad, al-Andalus en la lengua de los árabes; este nombre se relaciona con un nombre que se llamaba Andalisan, de la época de al-Izdihāq, el antiguo rey; y en la lengua de Roma, Ispania; también este nombre tiene relación con un hombre que la dominó en la época de los romanos, anterior a la de los godos y que se llamaba Ispan, el cual tenía en Sevilla la capital de su reino; por su nombre se llamó así, pero por los más antiguos era llamada Ispamia». Cf. *Kitab al-Muḥādara wal-Mudhākara. Liber Discussionis et Commemorationis*. Ed. y trad. al hebr. moderno A. S. Halkin. Jerusalem 1975, 29 a, pp. 54-55 y notas a las líneas 90 ss. Cf. también Ibn al-Aḡr, *Al-kāmil fī-l-rīj*. Ed. Dār Sādir, Beirut 1965, 4, pp. 557 s.

pueblo llamado Ispan, por cuyo nombre el país se llamaba Ispania⁷³, y que era descendiente de Tubal, hijo de Yafet. Los Bene 'Uş los vencieron, los mataron y ocuparon su lugar. Pero los habitantes del país de Navarra no fueron conquistados, se les llama «Bascones»⁷⁴, en la actualidad quedan todavía algunos de ellos en su tierra⁷⁵.

A continuación se hizo fuerte Dordiq?⁷⁶ rey de las Suevos. Venció a todos los reyes de los Vándalos y al-Anos. Les arrebató Barcelona, Zaragoza hasta Lérida y hasta Córdoba, Sevilla, Toledo, Mérida, Astorga hasta el río Ródano⁷⁷. Lo conquistó todo, pero él todavía adoraba imágenes⁷⁸.

73 Sobre los nombres de España, cf. A. García y Bellido, *Arbor*, 19, 1947 y su resumen en *25 estampas de la España Antigua*, Madrid 1967, pp. 202 ss.

74 La lectura de las ediciones es: 'bsqyywnys' y la del manuscrito de 1409. De Rossi de la Biblioteca Palatina de Parma, fol. 16 a: 'bwšqyywnys'.

75 Sobre este repentino desplazamiento de la historia de Roma hacia Hispania, cf. la Introducción. Ibn Daud vuelve a los análisis etimológicos y se hace eco de una temática frecuente en autores tardíos: la inasimilación de los pueblos norteños y en concreto de los vascos, cuestión efectivamente aún de actualidad en los tiempos de Ibn Daud. Cf. Fuentes y bibliografía principal en A. Barbero y M. Vigil, *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*, Barcelona 1984³.

76 Encontramos sumamente difícil la interpretación de este pasaje e incluso la identificación de este personaje, cuyo nombre es difícil de interpretar y parece corrompido. (Tanto los manuscritos como las ediciones tienen 'drdyq', lectura que transcribimos como Dordiq?). Posiblemente Abraham ibn Daud esté identificando y/o confundiendo Suevos y Visigodos. En efecto, los primeros alcanzaron su mayor expansión y poderío en los años centrales del s. V, acaudillados por Rechila (quien tomó Sevilla en el 331 y controló de facto la Península con excepción de la Tarraconense) y luego por su hijo Rechiario (que se convirtió al catolicismo y actuó ocasionalmente en el Valle del Ebro en coordinación con la baguada). Pero ninguno de estos reyes suevos puede identificarse en el texto de Ibn Daud, quien más bien parece referirse a los reyes visigodos de Tolosa Teodorico I y II. Esta confusión es plausible si tenemos en cuenta que Rechiario llevó a cabo una política de acercamiento hacia el reino de Teodorico I e incluso se casó con una princesa visigoda. Y además también por estas fechas el reino de Tolosa conoce una fulgurante expansión, si bien ésta se consuma con el beneplácito del decrepito poder romano: de hecho se sellaron acuerdos de colaboración entre Roma y Teodorico I, aunque sería su sucesor Teodorico II (453-66) quien, aprovechando la irreversible descomposición del poder central imperial, y en alianza con la nobleza hispanorromana, se enfrentará con éxito a los suevos y extenderá su dominio político por Bética, Lusitania y la Narbonense, madurando así la independencia real del Poder imperial romano que culminaría su hermano Eurico. Como introducción a este complejísimo período, cf. L. García Moreno, «Las invasiones y la época visigoda. Reinos y condados cristianos», en *Historia de España*, dirigida por M. Tuñón de Lara, II, Barcelona 1981, pp. 254 ss.

77 Podría tratarse de una lectura corregida por los copistas posteriores poco conocedores de la geografía española. Tal vez Ibn Daud hiciera referencia al río Duero.

78 Es decir no seguía la Ley de Edom. Hay que señalar que Ibn Daud no considera al arrianismo una desviación o herejía cristiana y lo concebía como totalmente desvinculado de Roma y por consiguiente de Edom.

[*Teodosio II*]

Y murió Andrés, rey de Roma. Después de él, reinó Teodosio⁷⁹ durante diez años. Emparentó por matrimonio con el rey de 'Uş y así se apaciguaron las guerras entre ellos, pues el rey de 'Uş se había hecho poderoso, y, hasta que emparentó con el rey Teodosio, había estado conquistando el país de Roma⁸⁰.

[*Marciano*]

Murió Teodosio y le sucedió el César Marciano, reinó durante diez años y murió.

[*Sebastián*]

Reinó después de él el César Sebastián⁸². Durante su reinado surgió Mahoma en el mundo⁸³.

79 «Todoş» en los manuscritos y ediciones.

80 Ya hemos precisado en la Introducción el valor histórico que Ibn Daud concede a esta alianza-identificación de los Godos con Roma. Pero su Crónica cae cada vez más en errores de tal envergadura que casi podemos pensar que escribía sin base documental y sin auxilios bibliográficos. En realidad Teodosio II fue emperador de Oriente en los años 408-450 (mientras Honorio y Valentiniano III, lo serían en la parte occidental). Aunque siempre estuvo bajo la influencia de familiares, cortesanos o militares, bajo su reinado tuvieron lugar importantes hechos políticos (entronización de Valentiniano III en Roma), legislativos (Código Teodosiano) y religiosos (Concilio de Efeso): en cuanto a sus relaciones con los godos, tal vez haya aquí un eco de sus tratados (casi siempre claudicantes) con los reyes de los Hunos, en particular Rua y Atila. Las pretensiones de éste de desposar a la hermana de Valentiniano III, Honoria, es un asunto ampliamente tratado en la literatura tardorromana (Jordanes, Prisco, etc.) y contó con el beneplácito de Teodosio II; cf. E. Demougeot, *La formation de l'Europe et les invasions barbares*, II, Paris 1979, pp. 545 ss. Ibn Daud seguramente alude a Gala Placidia, hija de Teodosio I, que se casó con el visigodo Ataulfo en el año 410 (después se casaría con Constancio III y de este último matrimonio nacería el futuro Valentiniano III). Según Orosio, *Hist.*, VII, 43, el rey Ataulfo fue un enfervorizado partidario de la grandeza romana, y en favor de ella entregó todas las fuerzas de los godos. Es posible, pues, que Ibn Daud confunda la política y los acontecimientos de Teodosio I (aceptó asignar tierras a los godos en Tracia), los lazos familiares con ellos solo se hicieron efectivos en el caso de Gala Placidia (previo rapto de ésta por los visigodos en el saco de Roma del 410).

81 Marciano reinó en la parte oriental del Imperio durante los años 450-57 y pretendió hacerlo también sobre la occidental al extinguirse la dinastía teodosiana con Valentiniano III.

82 G. D. Cohen, *o.c.*, p. 254, nota 153, cree que este personaje debería ser identificado con Sisebuto (612-21), el rey visigodo que recuperó para Toledo parte de los territorios meridionales ocupados por los bizantinos, y que obtuvo algunos éxitos frente a los siempre discolos pueblos norteños de la Península y que en su política interna sobresalió por sus medidas antijudías y por su piedad cristiana, manteniendo una amistosa relación con Isidoro de Sevilla y «una clara tendencia cesaropapista» en sus relaciones con la Iglesia jerárquica, cf. L. García Moreno, *o.c.*, pp. 339 s. Sisebuto fue cierta-

En su época vivió Gregorio, obispo de Roma quien fue un gran filósofo.

También en sus días fueron obispos en Sefarad Gerardo⁸⁴ y Leonardo⁸⁵, su hermano. Estuvieron en la ciudad de Sevilla, pero el nombre de la ciudad de San⁸⁶ Leonardo era Loquiliardus⁸⁷.

mente coetáneo de Mahoma, aunque el papa Gregorio Magno lo fue durante los años 590-604. El error de considerar a Sisebuto como sucesor de Marciano lo explica el propio G. D. Cohen, como resultado de un homoioteleuton: la fuente de Ibn Daud, el *Chonichon* de Isidoro, saltó de Marciano a otro nombre similar, Mauricio (582-602), en cuyo reinado florecieron efectivamente Leandro de Sevilla y Gregorio el Grande. El epitomista del *Chronichon*, al encontrar una referencia a Leandro, pero ninguna a Isidoro, incluyó después este nombre. Los juicios sobre Sisebuto y Mahoma se adelantarian y situarían tras el reino de Marciano; al omitirse el nombre de Mauricio, el siguiente rey goda conocido era Sisebuto y, en consecuencia éste se puso tras Marciano. Sin embargo, dado que los manuscritos hebreos mencionan inequívocamente a Sebastián, no es descartable en nuestra opinión la hipótesis de que Ibn Daud aluda a ese usurpador, que protagonizó con otros más la época anárquica de inicios del s. V y que se enfrentó en el año 412 con los Visigodos, contribuyendo decisivamente a que España quedara bajo el control de Honorio (cf. R. Remondón, *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona 1967, pp. 132-33). Estamos de acuerdo en que también aquí es muy posible que el texto esté corrompido con un homoioteleuton y que no fuera durante el reinado de este emperador cuando, según nuestro autor, tuviera lugar el surgimiento de Mahoma (571-632); tampoco es esta la época en la que fueron obispos Gregorio, Isidoro y Leandro. Sin embargo no cremos que haya base textual para hacer coincidir a este emperador con Sisebuto ni concluir que el Imperio Romano se continúa en España de forma dinástica, ni pensar que un rey visigodo recibe el nombre de 'cesar' como viene en el texto.

83 Una crónica posterior como el '*Emeq ha-bakah*', de Yosef ha-Kohen (s. XVI), debía conocer este relato y leer Sisebuto ya que interrelaciona a la mayoría de personajes que aparecen aquí. Dice: «Reinó Sisebuto, de la estirpe goda, en España, en el año 616, que es el año 4376. Dirigió su apremiante palabra a los judíos en las ciudades de su reino, ordenándoles que adorasen a su Dios... En sus días pasó Mahoma a España. Intentó el santo Isidoro cogerlo prisionero, pero huyó de su presencia...». Cf. '*Emeq ha-Bakha (El Valle del Llanto)*'. Trad. anotada, Pilar León Tello, Madrid-Barcelona 1964, p. 57.

84 Parece referirse a Isidoro de Sevilla. Cf. G. D. Cohen, *o.c.*, pp. 254 s., nota 153.

85 Leandro, originario de la provincia de Cartagena, donde nació el año 540. Fue obispo de Sevilla desde el año 578 y tuvo una influencia decisiva en la conversión de Hermenegildo, entonces gobernador de la Bética, al catolicismo, hecho que sería destacado incluso por el papa Gregorio. Después acaecería otro tanto con el rey Recaredo, de modo que Isidoro, *De viris illustribus*, c. 41, pudo escribir de su hermano Leandro: «con su fe y su celo consiguió que todo el pueblo de los godos se convirtiese de la herejía arriana a la fe católica», cf. *Historia de la Iglesia en España*, I, Madrid 1979, pp. 402 ss.

86 Así en el ms. de Parma, fol. 15 b. Omitido en las ediciones.

87 Como apunta el propio G. D. Cohen, cf. *loc. cit.* es ininteligible el hecho de que, Sevilla, la ciudad de Leonardo se llamase 'Loquiliardus', si bien ese autor aventura

Ninguno de los reyes de ‘Uş sabía nada acerca de la Ley de Edom hasta que reinó Recaredo⁸⁸. El la abrazó y persiguió a todo aquel que no la conocía hasta que todo el mundo, grandes y pequeños, se convirtieron a la Ley de Edom. Se extendió, pues, la Ley de Edom por todo el país de Sěfarad del mismo modo que se había extendido por Roma, Italia y los restantes países de los hijos de Yafet, por sus tierras, para sus pueblos, en todos los lugares de sus reinos, en sus provincias y regiones, hasta el día de hoy⁸⁹.

¡Bendito el que da fuerza al cansado y hace que se multiplique el coraje de los que están sin ánimos!

JOSE FERNANDEZ URBINA
JUDIT TARGARONA BORRAS

una hipótesis lingüística basada en la corrupción del nombre de Santa Leocadia y en diversos errores en las transcripciones y transmisiones de los textos. Es muy posible, sin embargo, que sea un término corrompido que haga referencia a alguna localidad de la provincia de Cartagena relacionada con San Leandro.

88 También esta lectura esta corrompida: ‘rysrd’ o ‘rwsdyr’ es la lección de manuscritos y ediciones. Se refiere sin duda a Recaredo.

89 Recaredo (586-601), que reinó con anterioridad a Sisebuto, se convirtió al catolicismo a los pocos meses de acceder al trono, a principios del 587, y dos años después convocó en Toledo un concilio de la Iglesia visigoda, donde quedó definitiva y oficialmente condenada la herejía arriana a la par que esbozaba la nueva organización del catolicismo triunfante: el hecho de que Recaredo presidiese las sesiones y que la realeza fuese sacralizada en el Concilio muestra la íntima compenetración de las estructuras políticas y religiosas bajo el palio ideológico, y hegemónico, del catolicismo nacional. El propio Gregorio Magno escribiría a Recaredo mostrándole el profundo gozo que le producía «el milagro de la conversión de todos los godos». A Ibn Daud no le faltaban razones históricas para pensar que Edom renacía con fuerza en esta nueva España.